

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVIII

San José, Costa Rica

1934

Sábado 10 de Marzo

Núm. 10

Año XV. No. 674

SUMARIO

Ulenspiegel

Tres itinerarios de Europa

Escepticismo democrático

A un siglo y cuarto del nacimiento de Lincoln

Sarmiento habla de Lincoln

El misticismo de Joaquín V. González

Armando Solano

Jorge Carrera Andrade

León Pacheco

Juan del Camino

Armando Tagle

¿Qué hora es?

El lenguaje pobre

Tesoro oculto. Las vicuñas

La dramaturgia del Manifiesto comunista

Poesía de verdad

Leopoldo Lugones

José Santos Chocano

Carlos Pereyra

José Bergamín

En carta dirigida por Carlos de Coster al Ministro de quien aguardaba el apoyo preciso para editar su libro (1), se lee: "En *Ulenspiegel*" he creído ver el lado pintoresco de muchos pueblos de la tierra, el vagabundo, que no suele ser sino una inteligencia perdida. El que azota las calles hoy, pudo ser un gran pintor o un gran poeta, si es que no se consiguió hacer de él un abogado. Tal vez la humanidad necesite del vagabundo, como la selva de pájaros que canten".

Es fácil multiplicar las citas comprobantes de que "*Ulenspiegel*" fué tipo universal y símbolo totalmente humano de independencia, de orgullo, de confianza en las fuerzas propias y en el inmortal destino de la tierra materna. En nuestros días, sería totalmente anacrónico tomarlo como signo de rencor y de odio entre dos razas, que se han influido mutua y profundamente en su derrotero histórico. Hay en "*Ulenspiegel*" un penacho fanfarrón, un loco amor de la aventura, el gusto del boato y la frialdad ante el riesgo, que vinieron de España, y demuestran cómo, por fortuna, dos agrupaciones no pueden acercarse ni para combatir, sin que sangre y espíritu, en gloriosa irradiación, traben lazos eternos entre los mismos adversarios. Llegará la hora de investigar con reposo y con veneración la huella de España en Bélgica, huella que ciertamente no fué sólo de dolor, y entonces, conscientes las razas del simultáneo enriquecimiento que se adeudan, estarán mejor preparadas para la obra de solidaridad que los tiempos reclaman.

España fué sin duda el poder colonizador y civilizador más grande y más generoso en su tiempo, porque supo disociar siempre las ideas de cultura y de progreso, sin confundir el concepto de civilización con el de masa o cantidad. Esa actitud le dió lógicamente su gesto de intolerante autoritarismo, ya que no se transige fácilmente en las cosas que tocan al espíritu. La religión, por otra parte, se identificaba en la época con la noción misma del Estado. Y si se quiere saber cómo se llegaba a ex-

"Ulenspiegel"

Por ARMANDO SOLANO

= Del primer número de *Ulenspiegel*, excelente bimensuario al servicio de la "unión espiritual de la raza ibérica", que ha comenzado a publicarse en Amberes, en español, francés, flamenco y portugués. Bajo la dirección de Armando Solano y J. Denuce, y bajo los auspicios del Cuerpo Consular Ibero-Americano. =



Madera de F. Amighetti

tremos de tan deplorable y ciega crueldad para imponer un dogma, no tenemos sino que considerar la resistencia feroz que oponían aquellos a quienes se hizo víctimas de la imposición. Bajo Felipe II, cuyo recuerdo sombrío tiñe con resplandores siniestros las más crispadas y angustiosas páginas de "*Ulenspiegel*", España llegó al cenit de su poderío y empezó a conocer los síntomas precursores de la decadencia. Y a tiempo que sus agentes cubrían de luto las tierras de Flandes, desarrollaba en Portugal, por ejemplo, una política de sagacidad y de benevolencia ejemplares.

¿No encontraron allí los judíos, al menos, una atenuación para sus padecimientos?

Si en "*Ulenspiegel*" se levanta el clamor imperecedero contra los crímenes de aquel reinado, siempre será preciso ir a los autores españoles de entonces y de ahora, para encontrar los más encendidos acentos de vituperio y de condenación, así como el severo análisis de los males causados a España por esa política incomprensiva, que tuvo a su servicio, no hay que olvidarlo, muchas importantes personalidades de los pueblos subyugados. No será difícil, pues, despertar en Bélgica, mediante la perspectiva histórica de que hoy disponemos, la curiosidad afectuosa por las cosas ibéricas, a que nosotros aspiramos.

En América como en Flandes, sabemos mucho de los furores de la soldadesca española, furores que iban también dentro de la Península contra los desafectos al régimen; pero sabemos más, acaso, del magnífico desinterés de España, de su amor a la gloria, de su robusto aliento creador, del soplo de grandeza y heroísmo que inflamaba sus obras. Para disculpar, para perdonar aquellos errores, basta, como en todo, comprender el momento, lo que no siempre resulta fácil, y aun a veces resiste victoriosamente a la mejor voluntad. Para el caso, no ha de prescindirse del recuerdo de cuánto la autoridad real representaba y de cómo los países eran patrimonio personal del monarca y de los suyos, se transmitían por herencia, se aportaban como dote en las alianzas matrimoniales. Y a propósito, no es inoportuno decir que el absolutismo nunca fué doctrina genuinamente española, sino importada a España cuando príncipes de otros orígenes llegaron a ceñir su corona. Si nuestro tiempo sufre amenazas, inquietudes y calamidades sin cuento, al menos debe aprovechar su ubicación histórica para cancelar los rencores y las vindictas del pasado, privados ya de toda razón de ser. El desvelado manchego, firme sobre los estribos de su montura, sigue siendo el símbolo eterno de lo castellano, sin dejar por eso de ser, con su ascética bizarría, la figura más parecida a "*Ulenspiegel*". Su agudo perfil que brinca, se prolonga y se recoge en el crepúsculo de los des-

(1). Léase: Carlos de Coster: *La leyenda de Ulenspiegel*. Editada en dos tomos por la «Colección Babel». Madrid, 1927. Versión española de F. Aznar Navarro.

filaderos andinos, ha paseado también—y cuán gallardamente—por el filo de las dunas belgas, en espera de la descomunal aventura.

Por su misterioso origen, por la circunstancia de su nacimiento y de su formación, por los peculiares incidentes que acompañaron su desarrollo, así como por la zona en donde viven y por la mezcla inextricable de factores étnicos que han creado su individualidad, los países indoamericanos, en grado acaso mayor que los viejos países ibéricos, han de ir viendo en el héroe de la leyenda flamenca—quien cifra maravillosamente y por deliberado movimiento del autor, la unidad y el equilibrio belga—, a un héroe propio. En cuanto los círculos intelectuales conviertan la mirada a esta genial creación de la literatura, el público lector de las Américas saludará en "Ulenspiegel", aventurero glotón que se hundía en la vida hasta el cuello con vehemencia tropical, a un caudillo, mejor todavía, a un entrañable camarada. Es que la sed de autonomía, el celo del derecho, la fiera resolución de morir antes de verlo conculcado, la tenaz defensa de la tierra, de las costumbres y de la conciencia libre, motivos que le dan a "Ulenspiegel" su grandeza y su perennidad, forman también la urdimbre de la vida indoamericana. A ningún género de virtudes son tan sensibles las naciones de América, como a las que encarna el generoso andariego de Flandes. De ahí que vayamos tranquilos bajo la advocación, limpios de recuerdos inoportunos, convencidos de los imperativos mandatos de la sangre, de la unidad triunfal de la lengua, de la identidad del futuro, a pesar de lo turbia de la hora.

Desde Europa no se alcanza a ver aún con suficiente claridad el drama de las Repúblicas iberoamericanas y se les atribuye a sus agitaciones causas y tendencias que jamás han tenido. Europa olvida frecuentemente que esas Repúblicas fueron descubiertas y colonizadas por ella, y que hoy mismo la literatura, la poesía, la música, las disciplinas jurídicas, las investigaciones de la ciencia, están en los países americanos de habla española y portuguesa, dirigidas por el pensamiento europeo. Europa ha venido sembrando en aquel campo excepcionalmente fértil, gracias a la avidez emotiva, a la inestabilidad nerviosa, a la hiperestesia imaginativa y al atávico espíritu de sacrificio, patéticos anhelos y tremendas inquietudes, que todavía no cristalizan en realidades y que las multitudes persiguen con la afanosa curiosidad que mueve a la juventud.

De ahí que hubiese guerras civiles; por eso hay ahora agitaciones revolucionarias en varios pueblos de América, si no en todos. Europa llegó a nuestra época, a esta época en que lo económico excluye casi toda otra preocupación, con sus libertades políticas conquistadas, con su andamiaje institucional definido, con larga experiencia minuciosamente historiada y aprovechada, de los varios sistemas de gobierno, de las ven-

tajas e inconvenientes de cada régimen. Pero América sigue buscando el modo de ser político que cuadre con sus particularidades y que le dé firmeza y paz en el presente azaroso y resbaladizo, entre un pasado sin explorar y que no acaba de morir, y un porvenir cuyo advenimiento dificultan los más erizados conflictos. Son las luchas de América esencialmente ideológicas, fundamentalmente desinteresadas, luchas caballerescas, justas románticas, que carecen, no obstante las apariencias, de sordidez personalista. El caudillo indoamericano, arriscada silueta que va desdibujándose ya en la penumbra, desciende en vía directa del Cid, era el campeador de las cordilleras, y si sus manos llegaron a teñirse de sangre, jamás se mancharon con el oro del despojo.

¿Se comprende ahora la fascinación que "Ulenspiegel" tiene que ejercer sobre quienes pretendan en una u otra forma, con mayor o menor derecho, hablar en nombre de la comunidad iberoamericana? Toda la intrepidez, toda la malicia, toda la agilidad, todo el voraz apetito de libertad que "Ulenspiegel" va desplegando en las indelebles páginas de Carlos de Coster, son los mismos que en el Continente americano ha venido derrochando sin fatiga un almá-cigo de pueblos nacidos para desempeñar papel de primer orden en el proceso de las Sociedades. Y es intensa, en verdad, la impresión que sufrimos cuando, evocados por las hazañas de "Ulenspiegel", van surgiendo en la memoria los lances grotescos y gloriosos, de risa y de tragedia, de farsa y de muerte, con que los guerrilleros de América llenaron los anales de sus montes y de sus pampas. Hoy, es cierto, no podría ya el inquieto flamenco entregarse al júbilo del copioso yantar ni a la cautivante tentación del peligro, por largos caminos y alegres posadas, como en su siglo pintoresco. Asimismo, el mestizo soñador que en las democracias iberoamericanas

quiere la transformación política, la eliminación del privilegio, la proscripción del exotismo esterilizante, la soberanía efectiva del territorio y la propiedad de las riquezas naturales, ha debido colgar el mosquete, dar suelta al potro y renunciar al ademán libertador. Pero no muere la tendencia ni se acalla el deseo; y como las cenizas de su padre sobre el pecho de "Ulenspiegel", el grito de los antepasados, los del carcaj y los de la espada, despierta a los tibios, enardece a los leales, y monta la guardia, alerta, sobre las avenidas de la Historia.

El nacionalismo que las repúblicas iberoamericanas sustentan y que las actuales dificultades económicas exacerban; la solidaridad racial que preconizan, no hallan traducción ni siquiera aproximada, en el vocabulario político europeo. Trátase allá de una invocación sentimental del pretérito y del anhelo de contribuir con una nota, con un matiz original, mediante la afirmación y el renacimiento de las tradiciones indígenas e ibéricas, a la unidad universal. El patriotismo es continental allá y la guerra entre naciones no se concibe, no puede ser, digan lo que quieran las veleidades bélicas de los últimos tiempos, que no nos resignamos a mirar sino como accidentes sin proyecciones, debidos al momentáneo olvido de todo cuanto en América es sustancial y duradero. Si dentro de cada nación, y acaso no en todas, existe un problema que radica en la deficiente fusión de los aportes étnicos para integrar la raza propia, deficiencia que hace difícil y como insincera la democracia, no podría negarse, en cambio, que esa agrupación un poco heterogénea es idéntica desde Méjico hasta la punta extrema del Sur y siente con igual agudeza su vinculación a las naciones descubridoras. En ese mundo iberoamericano domina el espíritu coordinador y pacífico. Cuando porciones de la humanidad que han sido hasta hoy su directoras y sus guías, ven como inminentes las catástrofes que hubieran de expulsar del Occidente a la cultura, escandalizada y maltrecha, la gran federación espiritual de iberoamericanos parece animada de un optimismo fecundo y se dispone, acorde con la tradición latina, y crear, a fundar, en el gozo y en la armonía.

No le es permitido a nadie ignorar la decisiva función de lo económico en las empresas inmateriales mismas. Pero aun es posible discutir acerca de su primacía. Esta revista, que al levantar como bandera el nombre de "Ulenspiegel", les ha querido decir a los belgas y a los iberoamericanos su filiación ideológica, su arraigo espiritual, aparece porque hay todavía hombres convencidos de que ninguna aproximación, ningún comercio, serán fecundos ni duraderos, si no han sido anunciados y precedidos por el conocimiento intelectual. Venimos a trabajar por ese conocimiento.

A. S.

INDICE



LIBROS QUE LE INTERESAN

L. López de Mesa: <i>El libro de los apólogos</i>	3.50
L. López de Mesa: <i>La tragedia de Nilse</i>	5.00
Alejandro Pushkin: <i>Las mejores poesías (líricas)</i>	1.00
Rodolfo Waldo Trine: <i>La ley de la vida</i>	2.00
Miguel de Unamuno: <i>De Fuerteventura a París</i>	3.50
Vélez de Guevara: <i>El diablo cojuelo</i>	1.75
Miguel Angel Asturias: <i>Rayito de estrella</i>	0.50
Rafael Seco: <i>Manual de gramática española</i> . Morfología. Sintaxis. 2 volúmenes..	3.50
J. P. Muller: <i>Mi sistema para las señoras</i> . (Gimnasia casera) Pasta.....	3.50
Luis de Zulueta: <i>La edad heroica</i>	2.50
Manuel G. Prada: <i>Trozos de vida</i> (Versos)	3.00
La Rochefoucauld: <i>Máximas y sentencias morales</i>	2.00
Turgueniev: <i>Asia</i>	1.00
Cornelio Tácito: <i>Los Anales</i> . 2 tomos pasta	8.00

Solicítense al Admór. del Rep. Am.

Tres itinerarios de Europa

Por JORGE CARRERA ANDRADE

= Colaboración. Quito, 1933 =

ESPLENDOR Y MISERIA DE UN MUNDO

En la Kurfürstendam—pascua máxima de la luz — mendigos inválidos se lamentan a la par de sus pobres organillos. Mientras en Potsdam, las parejas felices discurren entre las estatuas y en "Wintergarten", "Faun", "Romanisches Kaffee", los valeses desenvuelven, en redondo oleaje, la espiral de una mundana alegría, la Unter den Linden y la Friedrichstrasse crucifican la angustia proletaria de varios millares de desocupados. Berlín deslumbrante, por fuera, de vitrinas y escaparates, siente por dentro vahidos de hambre y de muerte.

París, vestido de lujo, asiste a la Opera, a las carreras de caballos de Auteuil y a las exposiciones pictóricas de la Rue Bonaparte. Los turistas deshojan una primavera de billetes de Banco en Montmartre, a la hora en que "la horda" de Montparnasse desplégase en busca de un café de pocos céntimos y los obreros promueven un motín en Grenelle y algunas pedradas rompen las vidrieras de Batignolles.

Y en Londres, la niebla vela piadosamente la procesión de espectros que surge en Green-Street clamando por un pedazo de pan. Y en Madrid—la "ciudad de trigo y de vino"—, mientras los señoritos asisten a la corrida de toros con un clavel a la oreja, la multitud se apretuja en torno del cadáver de un compañero obrero, muerto por la Guardia Civil durante una huelga. Porque ésta es la doble fisonomía de Europa, mitad risa y mitad llanto, floración de arquitecturas suntuosas y maraña de miserables desvanes, de cubiles oscuros donde vegeta un mundo que no ha visto jamás la luz.

Europa es el reinado de la máquina. El motor ha ahuyentado a la poesía y a la gracia y ha creado una belleza nueva: la belleza de lo monstruoso, de lo desmedido, de lo brutal, del dolor humano. A comienzos del siglo, la máquina se presentó como la liberadora del hombre, la redentora del trabajo manual, la multiplicadora de la riqueza. Cuando empezó a palpar el corazón del motor, elevaron himnos jubilosos los poetas unanimistas y futuristas. El hombre era el dueño de la bestia de acero que trabajaba para su prosperidad. Sólo algunos economistas avisados dieron la voz de alarma: "La máquina desplaza al trabajador" dijeron. Mas, nadie los escuchó. Y ahora el hombre es el esclavo de la máquina que produce incansablemente hasta determinar una superproducción — no con arreglo a las necesidades del mundo sino al nivel productivo de las épocas de mayor abundancia—, arruinando al fabricante y dejando en el arroyo a falanges enteras de obreros. La desocupación crece arrolladora y millones de voces se alzan re-

clamando su derecho a la vida en el seno de las grandes capitales. Es la plebe moderna que anuncia la "decadencia de Occidente", como la plebe antigua anunció la decadencia del romano Imperio. Y para que nada faltara al cuadro, no han escaseado tampoco los mesías—al nuevo estilo — que han prometido un mundo mejor y han logrado el ciego fervor popular: Mussolini, Hitler, los pequeños apóstoles de la "Action Française".

Cuando Europa era el equilibrio y la medida, el amor a la verdad y a la justicia, bien merecía ser un ejemplo para el mundo. El espíritu europeo fué el iniciador, en la antigüedad, de las más elevadas conquistas intelectuales: Gre-

cia (espíritu de geometría), Alemania (espíritu de música), Francia (espíritu de crítica), Italia o mejor Roma (espíritu militar, espíritu jurídico y espíritu religioso) son los cuatro puntos de la más alta lección universal. Mas, hoy, asistimos a la agonía del espíritu europeo. Desde Marx, a través de Nietzsche y de Bergson, hasta Sorel y Jacques Maritain, ha venido desenvolviéndose el proceso de una especie de anarquía mental. "Todo el espectro de la luz intelectual—dice el autor de Monsieur Teste—ha ostentado sus colores incompatibles aclarando con una extraña lumbré contradictoria la agonía del alma europea". Esta agonía es precipitada por los vientos tumultuosos que vienen de Asia y Norte América, o sea por el colectivismo comunista y el colectivismo capitalista. Europa era el paraíso del Individuo, la morada del Hombre Interior; pero actualmente ha perdido su cordura con la máquina y se pregunta: "¿Espiritualismo o materialismo? ¿Individualismo o colectivismo? ¿Familia o corporación?" (1).

La máquina ha engendrado también la nueva política. Ha echado a la calle masas sedientas de justicia. La máquina ha creado la masa. Donde no hay máquina no hay masa, sino pueblo. Con esas vociferantes multitudes vomitadas de las fábricas se construyen los nuevos partidos políticos. Seis millones de desocupados son suficiente para dar el poder a Hitler. Y los millones de obreros sin trabajo, que hormiguean en Inglaterra y Francia, bastarán a no dudarlos para entronizar a otros como él. Mas, curadas las masas del engaño falaz de los líderes militaristas y patrioterros que ofrecen salvar al país al precio de la guerra, volverán al punto de partida: a la lucha social. El socialismo—agrario en España, industrial en Francia y Alemania donde la tierra está bien repartida—, tomará por su cuenta la reconstrucción de Europa.

Los caminos del mar llevan a los puertos europeos naves cargadas de hombres de todos los lugares del planeta, ansiosos de respirar el ambiente histó-

INDICE



ENTERESE Y ESCOJA

Gabriela Mistral: <i>Desolación</i>	5.00
Pablo Tuffrau: <i>La leyenda de Guillermo de Orange</i> . (Para niños)	3.50
Camila Henríquez Ureña: <i>Las ideas pedagógicas de Hostos</i>	2.00
Salvador de Madariaga: <i>Arceval y los ingleses</i> . (Juicios póstumos sobre Inglaterra que escribió Julio Arceval)	3.50
Henrich Mann: <i>El ángel azul</i> . (Novela)	3.50
Lucien Laurat: <i>La acumulación del capital, según Rosa de Luxemburgo</i>	3.50
Gregorio López y Fuentes: <i>Campamento</i> . Novela mexicana	3.50
Enrique López Albújar: <i>Matalaché</i> . Novela Retaguardista	3.50
Benjamin Jarnés: <i>Viviana y Merlin</i>	3.00
A. Losovsky: <i>¿Adónde vamos? Las lecciones y perspectivas de las luchas económicas</i> . (Informe presentado por el compañero Losovsky a la VI.ª Sesión del Consejo Central de la I. S. R. el 16 de Diciembre de 1929), y discurso de clausura.	1.00
R. Brenes Mesén: <i>Lázaro de Betania</i>	2.00
J. Gutiérrez Solana: <i>Dos pueblos de Castilla</i>	1.00
Fernando González: <i>El reloj sin horas</i> . Poemas	1.00

Solicítelos al Admor. del Rev. Am.

(1) Cunha Leal: *Mis cuadernos*. 1933.

Quiere Ud. buena Cerveza?...

Tome "Selecta"

No hay nada más agradable ni más delicioso.

Es un producto "Traube"

rico de ruinas y monumentos y de engolfarse en las grandes avenidas donde el lujo va sonando sus claxon. Allí, las comodidades de la vida, los ascensores maravillosos, las luces de origen invisible, los trenes pasando sobre las casas como una fugaz cinta de oro; los edificios como montañas talladas en mármol y en piedra. Los espectáculos nunca vistos. La franqueza

en las relaciones sexuales. La alegría del vivir. La conquista física del mundo. Pero allí también—dejando el monóculo gozoso del turista—multitudes hambrientas, el derrumbarse de un ciclo económico, los barrios obreros cargados de hollín y de dolor, las usinas insaciables, devoradoras de hombres, los seres monstruosos escapados de la pesadilla de la guerra—fauna de las tumbas.

PIELES, SOLDADOS, VODKA

El tren cómodo que recorre la Alemania del Norte, cierra herméticamente sus ventanillas desde Sttetin, donde empiezan a sentirse los soplos glaciales de la tierra eslava. Ciudades con sus chimeneas humeantes. Llanuras y llanuras polonesas. Hombres con grandes botas. Aparición de una arquitectura extraña, con cúpulas en forma de corazón invertido, o más bien de rábanos desmesurados. La escarcha que convierte a los árboles en grutas fantasmagóricas y la nieve endurecida que presta al aire una fresca vibración, y una tierna luz. Un letrero—"Proletarios de todos los países: uníos"—señala el lugar de la frontera soviética.

Al otro lado, duerme la esfinge rusa. He aquí el país enigmático que los hombres de este siglo odian y aman. Nuestros antepasados no tenían de esta tierra más que una vaga imagen: figuras girando al son monótono de las balalaikas, en un baile delirante, vertiginoso, embrutecedor; el lujo y derroche de los bayardos, las fiestas suntuosas en Petrogrado, el apaleamiento de los campesinos, la locura mística de los nihilistas, los trineos corriendo sobre la nieve perseguidos por manadas de lobos hambrientos, el infierno blanco de Siberia... Ya nada de esto existe. El tiempo ha borrado la estampa romántica de Rusia. En la Aduana, vestidos uniformes, rostros duros y autoritarios. Hay una estricta prohibición para cierta clase de impresos y manuscritos. Prolija revisión de pasaportes. Reglamentación de la cantidad de cigarrillos, jabón, ropa que debe llevar el viajero. Y por todas partes, soldados, soldados y más soldados.

Nuestra generación empezó a amar a Rusia con Dostoiewsky—creador formidable de una literatura torturada, de unos tipos vivientes de epiléticos, imbéciles, irresponsables, como los "hermanos Karamassof", el "príncipe idiota", etc., en una anticipación genial de Freud y su escuela—luego con Tolstoi, amigo de los humildes, predicador de la redención del hombre por la pedagogía, exaltado defensor de los campesinos—uno de los alegatos más hermosos es su "Polikushka"—, y Gorki, pintor de vagabundos y mendigos, o sea del "lumpen-proletariat". Después vinieron Turgueniev—o el falso ruso—, Goncharov, Andreiev. Los novelistas proletarios nos enseñaron a amar una Rusia distinta: Gladkov, Leonov, Pilniak. Y, sobre todo, Boris Lavrenef e Iván Jiga,

Pieles, soldados, vodka. El afán febril de trabajo, de laboreo, de siembra. La nueva Rusia siembra hasta en avión. Aviones cargados de semillas vuelan y dejan caer sus granos sobre Siberia, hasta ayer estéril. Las "brigadas de choque" trabajan incansablemente en las usinas, en las fábricas, en los bosques. Millares de leñadores construyen sus barracas en la floresta y llenan inmensos depósitos de madera. Los tractores—en número de cien mil—facilitan y simplifican la obra. Centrales eléctricas brotan en todo el país. Denieprostroy es la más grande producción eléctrica del mundo. "La historia de la ingeniería—dice Knikerbocker—no cuenta por ahora con un caso en el que haya sido empleado tanto cemento, como Denieprostroy". La obra de fábrica de la central cuesta 220 millones de rublos. Allí trabajan diecisiete mil obreros y en torno de la obra se está construyendo una ciudad que debe extenderse hasta la isla de Hortiza y que debe tener después de cuatro años medio millón de habitantes. Fábricas de acero, de aluminio, de ladrillo y de cemento se construyen sin cesar. La industria del papel y de la prensa florece,—el discurso de Stalin propugnando el cambio de línea en el Comité Central Comunista alcanzó la tirada de catorce millones de ejemplares, o sea el record mun-

dial de edición—. Se planean grandes pozos de petróleo en Bakú. Se multiplica fabulosamente el comercio de pieles en la "Pouchnogostorg". Se acomete, en fin, el segundo plan quinquenal por la industrialización de Rusia.

Este es el anverso de la medalla soviética. El reverso es un gobierno fuerte, implacable, que representa a una ínfima minoría de la población—el Partido Comunista, más exactamente una fracción del partido, pues la otra es trotskista—, apoyado en organizaciones de disciplina que se puede llamar militar. La pobreza de los individuos es extraordinaria. Sólo el Estado acumula riqueza y se fortalece. La cultura se vuelve unilateral. Escasean los teóricos que conozcan el proceso del desarrollo económico del resto del mundo y se envían directivas erradas a los partidos afiliados a la Tercera Internacional, promoviendo una corriente anti-intelectualista en las clases obreras y sacrificando a los mejores militantes en absurdas tentativas.

Cuando el proletariado universal y los intelectuales entraron en grandes masas en las filas del Comunismo, fué en la época de la "Liquidación del Alfabetismo", del Ejército Rojo, de la implantación de los "Konsomol" o juventudes comunistas, de la fundación de la Armada del Arte, de la adopción de la arquitectura futurista y de la creación del teatro soviético. Había élan constructor y genuinamente revolucionario. El actual Gobierno de Rusia opera dentro de la revolución en una forma poco menos que burguesa; en la forma que obraría el Gobierno de cualquier estado capitalista, ansioso de reconstrucción y hegemonía. Imita los esfuerzos fabriles e industriales de los Estados Unidos. Empieza a fabricar en serie y a forzar la producción hasta el delirio. Con la obsesión del plan quinquenal, construye usinas gigantes, inmensas redes eléctricas para el transporte de los productos, enrolando muchedumbres enteras en verdaderos trabajos forzados. Se puede decir que toda Rusia vive en una tensión perpetua, en un ritmo febril. Hay que reconocer, sin embargo, que ese incomparable esfuerzo no se realiza para el enriquecimiento individual sino para el provecho colectivo. Los obreros de los países burgueses trabajan hasta diez horas diarias para crearse una situación propia y para utilidad del capitalismo particular. Los obreros de las brigadas de choque en Rusia—espoleados por la emulación, sabiamente despertada por los dirigentes—trabajan un tiempo semejante para provecho del Capitalismo estatal, alimentados por la esperanza de originar la revolución social en el mundo. Mientras tanto, aquí y allá, ninguna plaza para el espíritu, ningún bienestar para el miserable. El mismo esfuerzo, la misma opresión al servicio de distinto mito.

Pieles, soldados, vodka. Perfil de un país primitivo que sale de la oscuridad

Cansancio mental
Neurastenia
Surmenage
Fatiga general

son las dolencias que se
curan rápidamente con

KINOCOLA

el medicamento del cual dice
el distinguido Doctor Peña
Murrieta, que

"presta grandes servicios a tratamientos dirigidos severa y científicamente"

y se debate en la luz. Orgullo de una raza que quiere construir en diez años el progreso — la vida industrial — que Europa ha construido en varios siglos. Impulso desbordado. Desprecio de la vida presente y amor exaltado a la vida futura de la humanidad. Nuevo idealismo. Nuevo trascendentalismo. Nueva religiosidad consistente en el esfuerzo común y el común sacrificio por el advenimiento de una era mejor. Y el Hombre Interior derrotado por el Hombre Económico, por el hombre-cifra en una civilización de hormiguero. Nueva York

MEDITACION SOBRE EL MEDITERRANEO

El mar acumulando sin cesar—superponiendo — sus volúmenes líquidos, es una lección de mutabilidad, de eterno cambio. Todo desaparece, vuelve a ser y torna a morir, en un círculo sin fin. La luz sobre las aguas es un continuo espejismo, un inestable resplandor. Aquí, en el Mediterráneo — “cementerio marino” de pueblos, civilizaciones y culturas—suena bien el lamento del moderno Parménides, angustiado por el perpetuo devenir. Un barco de vela — imagen de la vida humana—corre zozobrando sobre las aguas. Los pescadores cantan con sus voces llenas de sol italiano, ajenos al peligro. Nos vienen a la memoria los densos exámetros de Valery—el nuevo Parménides de Cete—que canta al gran mar de piel de pantera, “inmenso poder salado, hidra absoluta que se disuelve en un tumulto, símil del silencio”.

En la costa de Italia—Génova, Viareggio, Livorno, Nápoles, Palermo—el Mediterráneo es azul, espeso, con reflejos metálicos. A lo largo de la Ribera de Liguria se recuestan las pequeñas aldeas de pescadores, los pueblecitos gozosos donde engorda la uva: Bordighera, Alassio, Santa Margherita, Rapallo. Y, sobre todo, Lerici y Porto Venere, donde se oye vagar en la soledad nemorosa y numerosa las sombras de Shelley y de Lord Byron. Baja aquí “la diáfana justicia de la luz, la de armas implacables” y se aclara el espíritu y el pensamiento da flor bajo la tersa campana de la frente. La temperatura sumerge al cuerpo en un baño de delicia. La tierra es rica en jugos y en plantas y en esa otra inmensa vegetación histórica de los monumentos. Sin embargo, el hombre no es feliz, porque ha quitado sus ojos de la naturaleza y los ha puesto en las ruinas. O sea, porque vive con la cabeza vuelta hacia el pasado. La grandeza de la romanidad, la estatura heroica de sus muertos, el aliento de tumba que se escapa de las épocas antiguas, el eco luminoso de una gloria extinguida y lejana, le hacen olvidar el camino del futuro, el sentido creador de la existencia. El italiano actual vive como en un deslumbramiento. En una cegadora luz de puesta de sol. En el penúltimo resplandor de la cultura occidental.

Hace algunos años, Italia empezaba

y Moscú van a marchas forzadas, por distintos caminos, hacia la Sociedad Colectivista. Con todo, la U. R. S. S. significa el más categórico ensayo, realizado hasta la fecha, de implantación de nuevas doctrinas económicas, de nuevas formas de vida social. Es un símbolo y una esperanza para todas las avanzadas de este siglo. También es el movimiento más acelerado—con resonar de hierro y violento chisporroteo de fragua—que se ha visto en la historia política del mundo.

a llenarse de resonancias universales. En granjas y caminos se cantaba a veces la “Internacional”. Los campesinos se organizaban en sindicatos. Los socialistas revolucionarios tenían la mayoría en los municipios y en las fábricas. El viento de la renovación soplaba tan fuerte que esparcía el polvo de las ruinas, hasta el extremo de que ciertos hombres se llenaron de pavor y fueron a pedir consejo a las armas. Los inválidos de la guerra—miembros del Trincerismo—y los conservadores—despojos del viejo Partido nacionalista de Corradine—se unieron con los agricultores ricos y los patrones y formaron los “fascios” o gavillas armadas. Todo por la conservación de las viejas instituciones, de los dioses nacionales, de las ruinas itálicas, del cesarismo y la romanidad.

Mussolini — antiguo vagabundo, maestro de escuela, albañil, soldado y periodista en “El Porvenir del Trabajador”—comprendió que podía ser el jefe de ese batallón acéfalo. Y comenzó su campaña de exaltación de los mitos italianos. “La sangre es la rueda que mueve la Historia”, escribió. Y, con Italo Balbo, al frente de las legiones armadas, marchó sobre Roma. La monarquía, débil e irresoluta, le abrió las puertas del Capitolio. El Fascismo quedó así dueño del Poder y los “camisas negras” se lanzaron sobre los vencidos

como los soldados de Sila. El Foro, la Columna de Trajano, las Termas, vieron pasar las mismas sombras seculares. Los mismos episodios como cuando la caída de los Gracos. El nuevo caudillo y sus pretorianos instauraron el terror blanco, la justicia del hacha.

Todas las ciudades de Europa vieron llegar a los emigrados italianos. Nitti murió en su destierro de París. Guillermo Ferrero envejece en Ginebra. Cien más fueron perseguidos o ejecutados. Un boletín internacional, “La Defense des Victimes Politiques”, denunció al mundo las crueldades del nuevo régimen.

Mientras tanto, Mussolini proyecta su sombra sobre las escuelas y forma regimientos enteros de “balilas” o niños fascistas. La cultura toda se pone al servicio del Fascismo. Hay una ciencia unilateral. El movimiento literario es tendencioso y constituye el mayor soporte del régimen. Desde Giovanni Papini hasta Bacchelli (autor de “Spartaco”) todos los escritores jóvenes militan en el partido del Duce. El Futurismo íntegro—con Palazzeschi, Buzzi, Conrado Govoni, Luciano Folgore—forma en las legiones a cambio de recompensas y honores académicos. (Marinetti es miembro de la Academia Fascista). Los poetas “crepusculares” y el “Grupo de la Ronda” se han contagiado también del espíritu reinante. Hay un poeta oficial del Estado fascista: Giuseppe Ungaretti el extraordinario evocador de “Il Porto Sepolto” y “Allegria di Naufraghi”. Un crítico oficial del régimen: G. A. Borgeisse, el de “Templo di Edificare”. Y un teórico del Fascismo, Curzio Malaparte, tan conocido en el mundo de habla castellana por su “Teoría del Golpe de Estado”.

Ninguna libertad para el pensamiento escrito. Imposibilidad de la propaganda que no sea oficial. Espionaje extendido por todo el país como una red espesa. La clase obrera vigilada como en una inmensa cárcel. Organización de sindicatos oficiales con patronos y policías. Exaltación de la obediencia y

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de Contabilidad BURROUGHS (Burroughs Adding Machine Co.)

Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas (Globe Wernicke Co.)

Implementos de Goma (United States Rubber Co.)

Maquinaria en General (James M. Montley, New York)

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,
Socio Gerente.

del servilismo. Militarización del país, compra y fabricación de armamentos en grande escala (La denuncia: "Italia es un polvorín en el corazón de Europa", ha hecho abrir los ojos a las grandes potencias). La creación de una casta burocrática, de un funcionarismo todopoderoso. Y tan sólo un intento de organización colectivista: "L'Opera Nazionale di Doppolavoro".

Un buen día, un joven escritor de corazón abnegado y de universal cultura, tratando de escapar a la irremediable asfixia espiritual entre las cuatro vallas militares de la Italia fascista—prisión común—escribe e imprime con sus propias manos un manifiesto político que es un verdadero llamado a la juventud de su país para que se apreste a dar la batalla a un régimen esclavizador de conciencias. El joven escritor se embarca en un avión, con algunos ejemplares de su manifiesto, y vuela sobre Roma dejando caer las hojas impresas como un pentecostés de blancura, un nuevo pentecostés revolucionario, sobre la ciudad. Las gentes reciben con sorpresa ese mensaje de lo alto, leen, comentan el texto, y al fin un rumor inmenso anuncia que el león multitudinario despierta. Mas los pretorianos, lebreles del Duce, no duermen; y una flo-

Clemencia Chacón de Mora

OBSTETRICA Y ENFERMERA

Recomendada por competentes y distinguidos facultativos. Ofrece sus servicios profesionales. 75 varas al Sur del "Instituto Bíblico"

tilla de aviones—terceto de acero—sale a la caza del gerifalte audaz. Espirales, giros, figuras de una celeste geometría, describe el avión fantasma sobre los pórticos y las columnas, y al fin se hunde en el aire de miel del Mediterráneo. Largo vuelo sobre bloques azules, sobre espumas. De pronto, el motor falla, cesa el impulso, y el ave de acero descende a sepultarse en las olas. El Hombre Libre descansa para siempre en el "cementerio marino". Un magnífico documento humano, un verdadero testamento para los hombres de su generación ha dejado el nuevo héroe italiano: **Historia de mi muerte**. Muerte que el mar latino ha elevado a la categoría de la más excelsa vida, a la categoría del símbolo, o mejor de una lección de libertad. Todo desaparece, vuelve a ser y torna a morir, aquí en el Mediterráneo, donde "el tiempo es resplandor y el sueño ciencia".

Escepticismo democrático

(A propósito del libro de Mario Sancho)

= Colaboración. =

Mario Sancho, el elegante ensayista costarricense, nos da un itinerario sentimental e ideológico de sus andanzas por el mundo y por los libros en sus **Viajes y Lecturas**. Es un breviario de inquietudes, de investigaciones, de angustias y de perspectivas sentidas por un auténtico scholar. Lo importante para nosotros, en este libro, es que nos ofrece una crisis resuelta y nos sugiere el advenimiento de otra. La gestación de la última es más urgente que la solución de la primera, pues ésta es un tema libresco que no sugiere ninguna preocupación humana. La otra sí.

En las primeras páginas de este libro está planteado el problema del rumbo que busca el espíritu de Mario Sancho: **El aristocratismo de Renán** sacude, tímidamente, el polvo de una erudición de diletante y penetra de lleno por los senderos de las realidades sociales. A este hombre, que en su juventud realizó el viaje sentimental por los paisajes bretones para sorprender el vuelo del alma del "cura laico", en torno al campanario de la catedral de Treguier, —quizás transformada en una de aquellas golondrinas que él mismo cantara en sus recuerdos infantiles—, no le interesa más el filólogo ni el poeta de la prosa. Lo sorprende ahora en sus idearios políticos, en sus odios profundos, en los anatemas fuertes que le dictaron el espectáculo de los hombres y la historia de

los días trágicos de 1870: Renán aristócrata, enemigo declarado de la democracia, "que es el más enérgico disolvente de todas las virtudes que el mundo haya conocido hasta nuestros días".

Es este el capítulo que más nos ha interesado en **Viajes y Lecturas** sugiriéndonos algunas reflexiones que con gusto transcribimos. **El Porvenir de la Ciencia** sigue siendo—y Mario Sancho lo afirma como lo han afirmado tantos—, uno de los libros fundamentales de Renán. Es un libro con fecha, tanto para el pensamiento como para la historia. Es un libro 1848. Corresponde al establecimiento definitivo, por lo menos en Francia, de la democracia y es un libro antidemocrático en el cual Renán define los pensamientos que más tarde van a ser el fundamento de su **Reforma Intelectual y Moral**. El odio de la masa considerada como protagonista de los destinos del mundo en su

función de gran electora de los hombres de gobierno. Era la única posición posible de este hegeliano que, en la ley del materialismo histórico, sólo veía el devenir del conocimiento en una ascendente hacia su límite teológico: Dios. Pero consideraba el Dios cristiano, el Dios antieconómico por excelencia que, para regocijo de una sociedad democrática, humanizó en un libro que hoy hace las delicias de los literatos. Y fué de tal manera sincero su odio de la democracia que en su teoría de las cuatro maneras que existen para la selección de los individuos que deben componer el gobierno sólo una aceptaba: la del nacimiento. Para Renán el problema de la divinidad de Dios se planteó siempre como un problema de solución política: por eso su ideal de buen rey fué San Luis. Los ataques que le hizo la Iglesia fueron pueriles, pues esta institución—la fortaleza más recia que tiene el capitalismo—no ha hecho otra cosa que afirmar, bajo una u otra forma, lo que el historiador del pueblo de Israel afirmó durante sus años de escritor. Al considerar la democracia desde el punto de vista que lo hace Renán comete el mismo error que, según él mismo, cometió la Revolución Francesa: procede filosóficamente en un asunto en que hay que proceder políticamente. Creyó que la soberanía del pueblo era como la de los reyes y que la centralización de los poderes que pedía la Convención era una exageración aún mayor. Este es el mismo error, si se ven las cosas desde el punto de vista histórico, que cometieron los hombres que, como Luis XIV y Richelieu, centralizaron los poderes en la corona en menoscabo de los señores feudales. Ni más ni menos. La Revolución Francesa no fué más que una consecuencia de la política centralista y de la Revocación del Edicto de Nantes.

La historia política de toda Europa—excepción hecha de Inglaterra—, ha sido la de la conquista de una Constitución democrática de esas por las cuales aun luchan nuestros pueblos de América en revoluciones sangrientas. Hasta 1848 no se logró el establecimiento definitivo de una experiencia democrática, después de una agitación de más de medio siglo. Pero mientras tanto, mientras los pueblos peleaban por plasmar una ilusión más—la ilusión de la igualdad y la libertad políticas que son los negocios más productivos que han inventado los políticos—, crecía una fuerza incontrastable: el sentido económico de la sociedad. Al descubrir que el



Teñimos en 28 colores. Además en Negro y Blanco.

Zapatillas, Carrioles, Etc.,

puede Ud. llevarlos en el color que armonice con su vestido. Trabajamos a base del **SISTEMA "GADI"** de la casa norteamericana **The Gadi Co.**

TELEFONO No. 3736 **VICTOR CORDERO & Cía.** SAN JOSE, C. R.

hombre es un agente más de las fuerzas productivas de la naturaleza y que, por ello mismo, podría ayudar a ésta eficazmente—en un esfuerzo de gran rendimiento de riqueza—, con el concurso de la máquina, se echaron las bases de un auténtico antidemocratismo, negándose automáticamente, el sueño renaniano de la selección que impone el sentimiento de casta.

Para Renán la inteligencia, en sus múltiples manifestaciones, fué la gran finalidad de la vida. Pero la inteligencia tuvo para él un valor de comportamiento estético: por eso atacó el materialismo de la burguesía—el verdadero gran elemento revolucionario de su generación. No comprendió nunca que de la fuerza destructora en que convirtió la burguesía las grandes conquistas políticas de la Revolución—la libertad y la igualdad—, habría de salir una nueva estructura social de la cual sería ella la primera víctima cuando los medios de producción se saturasen, así como los reyes fueron las primeras víctimas de su autoridad absoluta cuando ésta alcanzó su grado máximo de saturación.

Renán operó, para sus observaciones, en un laboratorio de alta presión política y muy débil saturación social: Francia. Por eso sus visiones fueron políticas. Su gran actividad intelectual se desarrolló durante el Segundo Imperio y el Imperio de Napoleón III fué un imperio de burgueses que culminó con la derrota del 70 y la Presidencia de Monsieur Thiers, el patrón de todos los Presidentes burgueses.

Por el contrario, un contemporáneo de Ernesto Renán, Karl Marx, después de participar en las luchas políticas de su patria, Alemania, tomó rumbo a Inglaterra donde los problemas políticos parecían sosegados y sometidos a una organización, aun rudimentaria, económica: la democracia va conquistando lentamente sus libertades en una lucha por democratizar cada vez más el Parlamento y en torno al problema de Irlanda, que es un problema de distribución de la propiedad. Los intereses políticos se mezclan, íntimamente, con los intereses sociales por medio de un incentivo poderoso: los intereses económicos. Marx comprende, por primera vez, el poder revolucionario de la masa, puesto que ella representa un factor económico de primer orden. La preocupación suya y de sus discípulos es despertar la conciencia de ese importantísimo valor humano y social. ¿Cómo hacerlo? Transformando su fuerza de producción—el trabajo—, no en una desventaja para su organización estructural sino en una perspectiva revolucionaria, es decir, haciéndola bastarse a sí misma. En esto fué Marx cristiano: la fuerza política del cristianismo no fué otra. Transformó el sentimiento de la esclavitud—la fuerza más poderosa del Imperio Romano—en una energía consciente, haciéndola aceptar su estado, no como una inferioridad social, sino como una estructura vital. Cuando una situación se transforma en fuerza social

BANCO NACIONAL DE SEGUROS

DEPARTAMENTO DE VIDA

Tenemos el gusto de anunciar un nuevo beneficio con nuestras pólizas de seguro de vida

INDEMNIZACION DOBLE en caso de la muerte accidental del asegurado

Es decir, EL BANCO PAGARA ÉL DOBLE DE LA SUMA ASEGURADA, si la muerte sobreviene a causa de un accidente. Este beneficio se concede mediante el pago, por un año de una extra prima o de uno o dos colones por cada mil de seguro.

aparecen, sobre la tierra, las verdaderas grandes revoluciones. El maquinismo estuvo entre los planes inmediatos de Marx: era la visión industrial de una Inglaterra que iba conquistando su libertad política porque sus fuentes de producción la capacitaban, cada día más, para acaparar las riquezas del mundo. La máquina redimirá a la masa; no a la burguesía. Las crisis que producen los excesos de la civilización, maquinista son crisis burguesas: nunca crisis de la masa. Esta va ganando terreno lentamente al saturar, con su gran medio de defensa, el trabajo, a las clases que tienen el dominio político. Marx, en síntesis y en el polo opuesto de Renán, consideró únicamente el aspecto económico de la fuerte corriente democrática del siglo XIX: llegó, inevitablemente, al socialismo científico. Renán llegó a la reacción democrática por la contemplación del problema político que se le ofrecía a sus ojos. Recordemos que Renán terminó por reconciliarse con la Tercera República Francesa y que, si bien profundizó aún su antigua filosofía de la selección aristocrática, comprendió que en la democracia evolutiva que se desenvolvía a su vista se hallaba la posibilidad de la selección de los mejores por medio de la cultura. Solamente que la cultura renaniana consistió en una preocupación por las cosas del espíritu totalmente desligada de los intereses del organismo social. Marx penetró de lleno en el porvenir: afrontó energicamente el valor concreto de la democracia y la condenó porque no vió en ella sino su gran conquista, la libertad, operando como el más hábil de los disolventes sociales: a lo lejos, sin embargo, vislumbró el gobierno de la masa creciendo en una perspectiva económica. El materialismo histórico echó sus fundamentos con la dialéctica revolucionaria en cuyas congojas vivimos los hombres de nuestro siglo.

Si se considera bien la organización de los campos de batalla en que está dividida nuestra civilización, notamos dos cosas: el fracaso de la democracia y el triunfo, cada vez más incontenible,

de las masas. Digamos que éstas llegan a la lucha con un aporte con que no llegó la democracia para su gran obra cuyo éxito se extiende a lo largo del siglo XIX; el aporte económico, la capacidad productora de cada uno de sus elementos. La democracia ha gobernado sobre la injusticia social, por medio de una filosofía perfectamente falsa: las cosas tienen un valor en sí mismas; el dogma infalible de una autoridad que ha repartido, hábilmente, a las cosas, en el intrincado engranaje de los intercambios sociales, un valor absoluto que, como en el caso del poder adquisitivo del oro, se va congelando en los bancos de la burguesía para convertirse en una de las tantas ilusiones de que el hombre vive. La masa va a lo relativo, a lo colateral, a lo finito, quizás porque sabe que todo cuanto toca—con la fuerza mágica del trabajo—, se transforma en riqueza. Los esfuerzos de las reacciones—de las reacciones que podríamos llamar renanianas—, son muy artificiales frente a este poder formidable de la economía humana que imponen las masas en todos los rincones del mundo: no están ni con las élites—que decía Renán—ni con las fuerzas democráticas que él condenó. ¿Con quién están, entonces, hombres como Hitler, como Mussolini? Están gobernando en el vacío: cuando la fuerza armada que tienen en sus manos se les escape y se haga mil pedazos en la reacción política que van creando en torno a ellos, veremos con quién están. Por el momento los sostienen las últimas reservas de la democracia: la cohesión que hacen los pueblos que no logran convertirse en elementos de verdadera producción y duración sociales.

Renán y Marx son dos grandes sombras de 1848: se van proyectando hacia el porvenir.

Tales son las reflexiones que nos ha sugerido la lectura del libro de nuestro compatriota Mario Sancho.

León Pacheco

San José, Costa Rica, 21 de febrero de 1934.

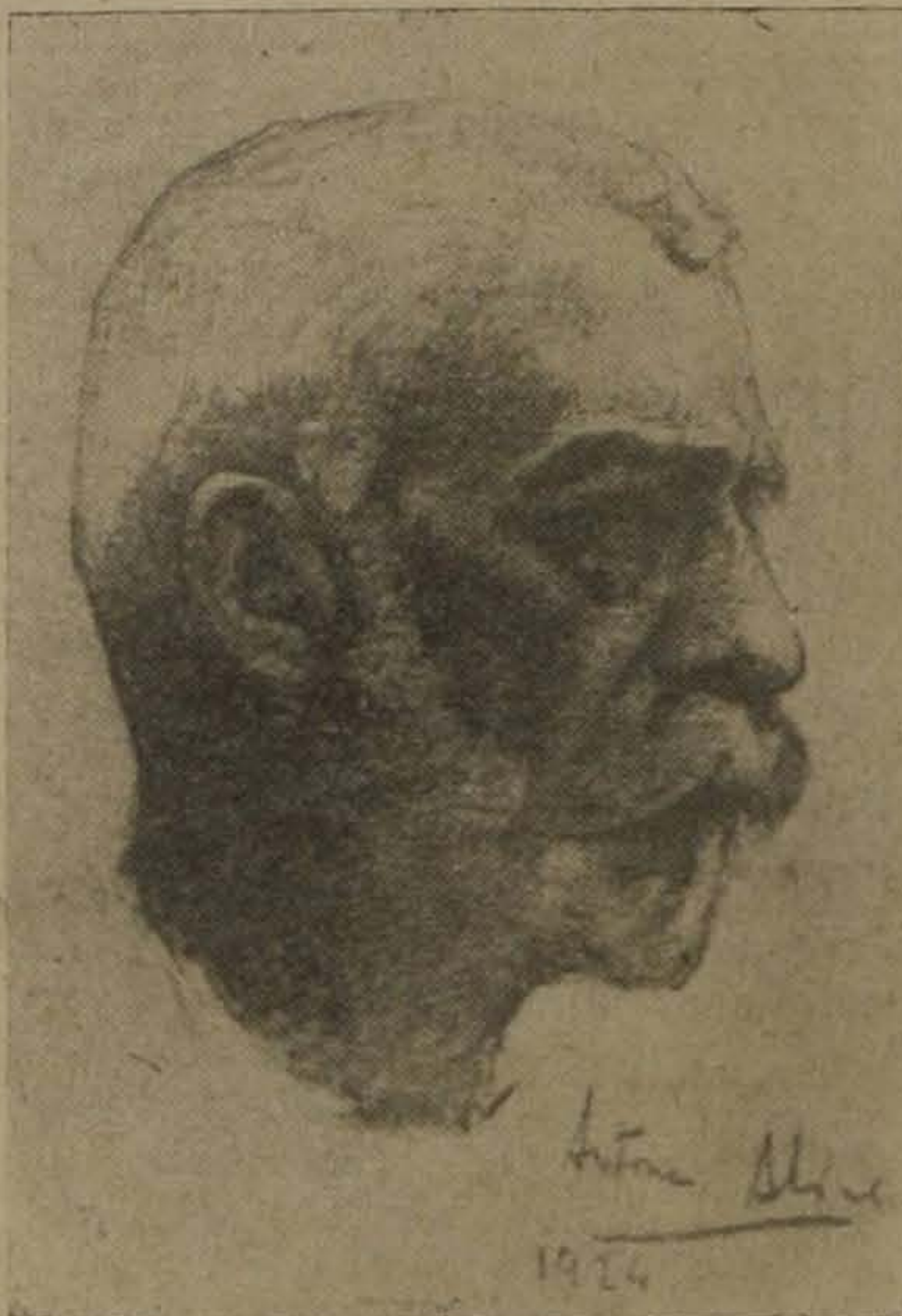
El misticismo de Joaquín V. González

Por ARMANDO TAGLE

= De La Nación. Buenos Aires. =

Si el misticismo de Joaquín González sorprende profundamente en la historia de nuestra cultura por la complejidad de las causas que lo han suscitado, sorprende aún mucho más el misterio de un alma nacida en un medio cristiano, educada desde muy temprano en la adoración de los símbolos católicos, y orientada luego hacia otra forma, la más extraña para nosotros, de religión. Las personalidades místicas que lo habían precedido, un Fray Mamerto Esquiú, por ejemplo, singularizan más aun la ya muy compleja originalidad de su espiritualismo contemplativo.

Empecemos por recordar, para tomar luego esta misma imagen, que si Joaquín González debió a su medio natural una gran parte de la corriente religiosa que inundó su alma, debió también a su primera educación doméstica y primaria el impulso de una conciencia espontáneamente orientada hacia el misterio. En efecto, el autor de "Fábulas Nativas" se educó bajo las disciplinas rígidas de un dogma que sus padres habían obedecido sin rebeliones y al cual debía plegarse su personalidad en su primera juventud. Sería interesante seguir rasgo por rasgo los episodios de su biografía moral que él no ha escrito, porque Joaquín González no era un apasionado de la psicología. Esa biografía nos habría suministrado un documento precioso acerca de la evolución insensible de su alma, pues en ella habríamos comprendido por qué y cómo nació en él la necesidad espiritual de vivir en un mundo místico que a nosotros, los hijos de una civilización cristiana, nos es desconocido. Careciendo desgraciadamente de sus propias confidencias, no es difícil, sin embargo, reconstruir los términos de su evolución estudiando las correspondencias que existen entre las necesidades de su conciencia y las satisfacciones que debió procurarle su último credo. La religión que abrazamos es siempre una imagen de nuestra alma, porque esa religión contiene, refundidos en dogmas inteligibles, las esperanzas de nuestra fe y las aspiraciones más profundas de nuestra conciencia. Sin duda, el catolicismo conviene admirablemente a un tipo mental y psicológico de hombre nada rebelde pero muy austero, de quien se podría decir que tiene la necesidad primordial de vivir dentro del orden político y regido por el orden religioso. Este espécimen tan común en nuestras sociedades ha aceptado con el catolicismo la verdad intacta y completa, cuyos fundamentos no discute porque profesa el culto de la obediencia moral. Existe realmente un ser dogmático creado por el catolicismo en quien podemos discernir rasgos que denuncian su absoluta identidad con el contenido espiritual de su religión. Su inteligencia simple y su vi-



Joaquín V. González

sión directa de la realidad le han permitido asimilar el dogma sin discutirlo. El respeto a la tradición en que vive y de la cual proviene, robustece el absolutismo de sus sentimientos y hace más ardiente la veneración que profesa a su credo. Este tipo de hombre, encarnado en el patriarca conservador de las sociedades occidentales, es esencialmente moral, porque no mira tanto la parte de verdad metafísica que contiene su religión, sino los principios éticos que rigen el movimiento de la vida humana. Para aceptar absolutamente una religión es preciso, en primer término, una pureza de alma y una gran simplicidad de inteligencia. Merced a esa pureza el hombre reduce el problema trascendente y último de la existencia aceptando los dogmas sucesivos de la comunión, de la intercesión, de la resurrección final, y merced a esa simplicidad su espíritu no discute lo que su corazón quiere que sea la verdad casi palpable. Cuando una religión se difunde vastamente en el corazón de la especie es porque satisface, ante todo, las exigencias de una naturaleza que busca en ella su vía de liberación. Así el cristianismo subsistirá siempre entre nosotros porque ninguna religión concilia más profundamente en su credo esa ansiedad de revivir en una vida eterna con ese vago ideal de perfección que late en la conciencia de la humanidad. El es sabio, comprensivo y benévolo. Contiene, figurado en sus dogmas, cada una de las aspiraciones del espíritu, porque comprende maravillosamente la psicología esencial del hombre moderno. Está hecho para todas las almas. Es por

la redención que se hace irresistible a la adversidad infinita de las conciencias.

A través de estas premisas, deducidas de la experiencia comparativa de las religiones, se explican los progresos del cristianismo, nacido un día en el seno de una secta reducidísima y aceptado luego por los pueblos más civilizados en la humanidad. En la historia de la evolución cristiana se disciernen visiblemente dos rasgos que prueban la superioridad filosófica y espiritual de su contenido. En primer término, el cristianismo se ha impuesto, por la profundidad de sus dogmas o por la realidad substancial de su metafísica, al espíritu racionalista del género humano, esto es, a la inteligencia. Aunque un prurito de exotismo haya hecho de nosotros admiradores incondicionales de las civilizaciones caducas, no es indiscutible, de ninguna manera, la superioridad de la inteligencia oriental. Es verdad que el espíritu legendario de las razas milenarias ha dado a la humanidad posterior la noción religiosa de una iniciación en el misterio, y es cierto también que él ha creado con el quietismo y su renunciamiento implícito, la más alta forma de vida espiritual. Aparentemente esas razas han producido en obras de arte y en manifestaciones filosóficas, modelos de civilización que la inteligencia no ha emulado después. A primera vista se advierte en los frutos de los vastos ciclos que han cubierto las primitivas naciones de oriente, una elevación en las ideas y una suntuosidad en las expresiones de su arte, que nos desconciertan. Pero si bien se mira y aunque estas conclusiones lesionen la veneración que esa obra nos inspira, ¿en qué se reconoce la universalidad de su genio o el sentido crítico de su inteligencia? La inteligencia es ante todo una facultad crítica. Esta facultad crítica y creadora a la vez, ha sido llevada por los hombres de occidente a su mayor elevación. En la historia de las civilizaciones que se han sucedido sobre el mundo, el occidente representa la inteligencia, esto es, la facultad de pronunciarse sobre el valor exacto de las cosas. Es verdad que el quietismo representa también, si bien en otro sentido, la sabiduría espiritual del hombre, que conociendo las limitaciones de su inteligencia, comprende que el significado último de la vida y el mundo se le escapará siempre, irremisiblemente. Esta certidumbre confiere un fundamento filosófico al estado virtual del quietismo, el cual se resuelve en la inmovilidad del reenciamiento. Las visiones del quietismo han creado ese nirvana sobrenatural en cuyo seno sin vida el alma goza de la bienaventuranza del éxtasis. Por el contrario, las razas occidentales han dado a su inteligencia el mo-

(Pasa a la página 155)

Con cada fecha memorable en la vida de Lincoln ensayan nuevas apreciaciones de su gloria los norteamericanos que lo tienen como guía. Aparecen siempre papeles que son revelaciones para la curiosidad del lincolniano. Se inspiran allí y dan luego el escrito, la escultura, el retrato interpretativos del grande hombre. Es el flujo imperecedero de una devoción transmitida a inmensas poblaciones.

Febrero avivó esa llama con haberse cumplido en él el siglo y cuarto del nacimiento de Lincoln. Y nos ha entrado la gana de hacer reflexiones en torno a conocidos escritos suyos. Carecemos de erudición, pero, Sarmiento, que entresacó y extractó de biografías de Lincoln el mate-

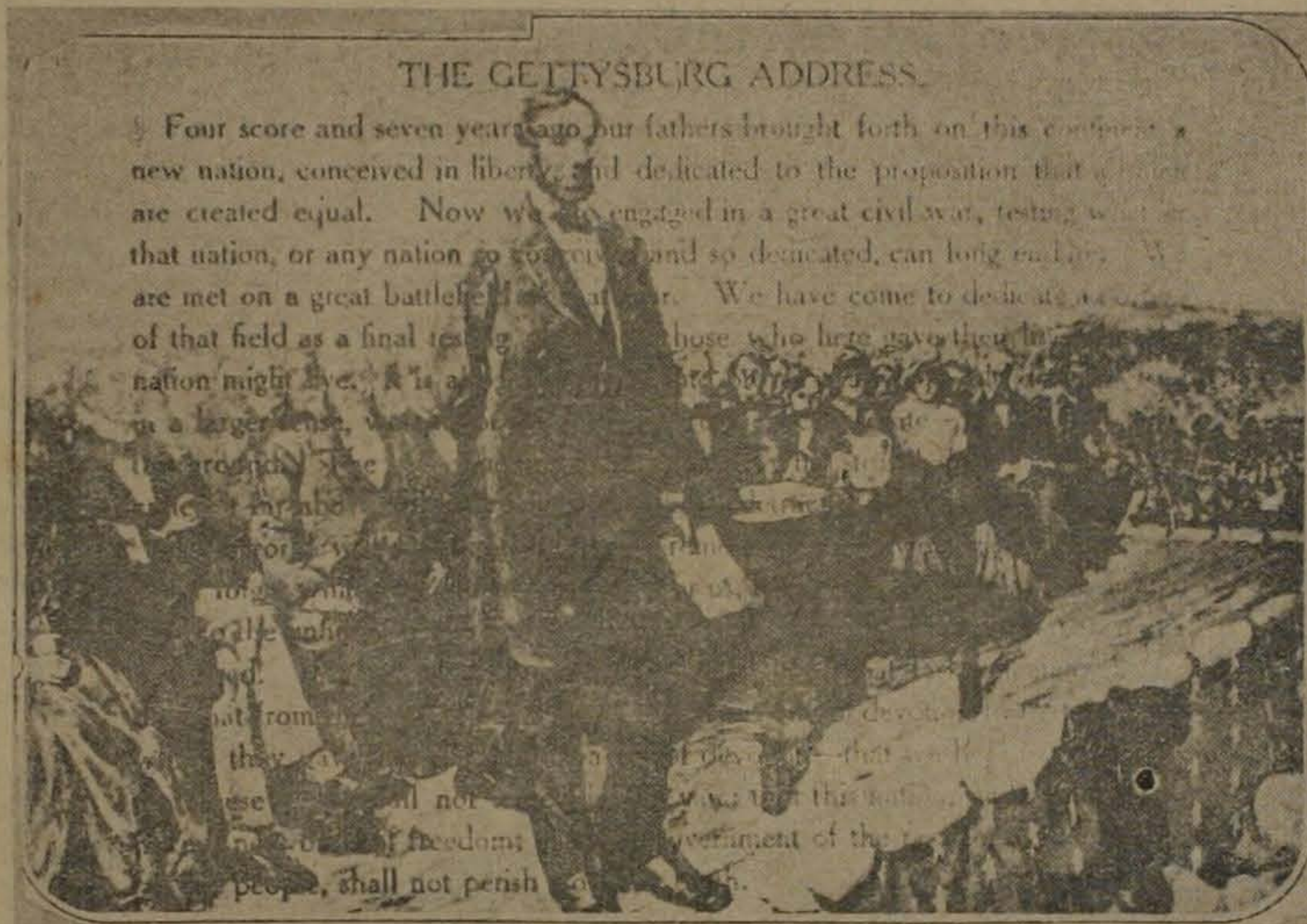
rial con que adaptó a nuestra lengua su relato vivo, nos da el documento importante. Sarmiento estudió la obra de su par norteamericano y ordenó páginas eleccionadoras. Se leen y guían certeramente, porque él concibe la vida de Lincoln "destinada a ser de un grande beneficio como enseñanza para los pueblos. No es la violencia del bárbaro, abriéndose paso con la violencia del mazo que descarga sobre sus semejantes más débiles: no es el demagogo que a trueque de tomar la delantera, dejará tras sí una brecha irreparable". Pues nos dejó Sarmiento la manera de entender a Lincoln y por ahí hemos ido a ordenar nuestra meditación.

Lincoln es todavía un hombre sin mayor aureola política, que vive pleiteando en los tribunales de justicia. Lo nombran diputado y tiene para él sentido la tribuna de discusión. Los Estados Unidos son ya imperialistas y en su rapacidad feroz se han echado sobre México. Quieren arrebatarle territorios y sujetarlos al dominio de una expansión fuerte. México tiene que sucumbir y el poderío yanqui guerrea contra esta nación y la vence. Lincoln acusa a los hombres que desde el Gobierno han organizado aquella empresa de conquista desvergonzada. Son acusaciones formidables, certeras. Penetró hondamente el espíritu de rapiña del imperialista yanqui y dió su juicio eterno. Esto ocurre en 1846, es decir, hace casi un siglo. Y la misma picardía organizada de entonces ha seguido metida en el Departamento de Estado. A México hay que despojarlo de algunas provincias

Estampas

A un siglo y cuarto del nacimiento de Lincoln

= Colaboración =



Abraham Lincoln está diciendo su memorable discurso de Gettysburg

Sarmiento habla de Lincoln

= Del tomo XXVII de las Obras de Sarmiento =

"Mr. Lincoln, decía un periódico, mide seis pies y cuatro pulgadas. Su estructura no es muscular, más bien es enjuta. En sus movimientos tiene la elasticidad y falta de gracia, que revela las rudas tareas de su vida primitiva; y su conversación se resiente fuertemente de la pronunciación y provincialismo del Occidente. Camina lenta, pero deliberadamente, casi siempre con la cabeza inclinada hacia adelante y las manos cruzadas por detrás. En materia de vestido es poco esmerado; siempre limpio y culto, nunca a la moda; descuidado, mas sin desaliño. En sus modales es notablemente cordial, pero sencillo siempre. Un fuerte apretón de mano o una simpática sonrisa de reconocimiento, es todo lo que reparte a sus amigos. Sus facciones, aunque pronunciadas, están lejos de ser hermosas; pero cuando sus ojos pardos brillan con alguna emoción y sus facciones entran en movimiento, sería señalado entre mil como quien posee no sólo aquellos tiernos sentimientos que tanto agradan a las mujeres, sino el más pesado metal de que se nutren los hombres de talla y se forman presidentes. Su cabeza es grande y frenológicamente bien proporcionada. Nariz aquilina, boca grande y un color moreno, con señales de haberse curtido a la intemperie, completan la descripción.

"En sus hábitos personales Mr. Lincoln tiene la sencillez de un niño. Gusta de comer bien, y lo hace en proporción de su cuerpo; pero su alimento es simple y nutritivo. No es aficionado al tabaco en ninguna de sus formas; no bebe licores, ni aun vino. No se le echa en la cara acto ninguno licencioso en su vida. No se sirve de palabras impuras, ni juega. Créese que a nadie debe un solo

(Pasa a la página siguiente)

y todos los procedimientos son usados por los políticos yanquis. Lincoln siente repugnancia por lo que hace el Presidente de los Estados Unidos y le censura sus mensajes en los cuales advierte al Congreso que la nación norteamericana nada ha hecho fuera de la ley y la justicia. Ese Presidente es taimado como todos los Presidentes que sirven al imperio. Quiere justificar una línea divisoria con México y entonces sutiliza y desentierra el papel que no tiene más valor que el de una simple declaración dada por un jefe militar prisionero. Nunca había el Departamento de Estado atribuido poderes de tratado a ese infeliz papel. Sin embargo, como llegó la hora de amparar una pillería, el Departamento de Estado le da realce y categoría enorme. Y Lincoln vigilante acusa: "De paso diré que no tendría miedo de errar, si declarase que, durante los primeros diez años de la existencia de aquel documento, a nadie se le ocurrió llamarle un **Tratado**, que nunca fué llamado tal, hasta que el Presidente, **in extremis**, intentó llamarlo así para sacar algo de él en favor de su política con respecto a la guerra de México. Carece de todos los caracteres distintivos de un tratado. Ni se designa siquiera con el nombre de tratado. Santa Ana no pretende por este acto obligar a México; él supone obrar solamente como Presidente de la República y Comandante en Jefe del Ejército y Marina mexicanos".

Es grande la acusación de Lincoln contra el Presidente imperialista, porque sigue siendo acusación contra todos los organizadores y ejecutores del Imperio. Cuando el atropello se dicta contra uno de nuestros pueblos acude el yanqui a los mismos medios pueriles de justificación. No hay para la conquista una línea que separe principios. Lo que hay es nada más que territorios unidos al interés supremo de la expansión. Cuando ese interés necesita despojar no tiene obstáculos. Para construir el Canal de Panamá como vía marítima estratégica las milicias se apoderaron de la zona y la hicieron yanqui. El Departamento de Estado no enmudeció y trajo la justificación del atropello. Justificación pueril como la censurada por Lincoln. Pero con ella

defendieron la conquista y aseguraron un sistema. Y así con cada desafuero cometido en nuestros pueblos. De pronto elevan a tratado lo que ha sido papel olvidado y degradan a papel lo que nació con la pompa de tratado. En cuanto sus intereses imperialistas aparecen heridos surge la maniobra para dar o quitar categoría a relaciones o hechos. Y no es que el Departamento de Estado sea flexible por espíritu de justicia, por acomodo a exigencias de la civilización. No. Sus hombres proceden como han procedido siempre los formadores de imperios. Olvidan cuando en el olvido hay provecho y necesidad de atrapar. Pensemos en Centro América, en estos cinco paisecitos acosados. El Departamento de Estado encuentra que atándolos a tratados que los obligue a no entrar en relaciones con la facción que se apodere del Gobierno por una traición cuartelaria, resuelve el problema de las revueltas que tanto lo mortifican. Entonces dicta el tratado y hace acatarlo a estos gobiernitos sumisos. Pero el adicto a la política de factoría impuesta por ese Departamento de Estado a estas naciones, traiciona y coge mando. Justificación inmediata para el golpe interpretando el tratado al modo acomodaticio y farisaico del Departamento de Estado. Burla del tratado, que es decir volver papel higiénico el tratado.

Eso es el Departamento de Estado desenmascarado ya por Lincoln cuando la guerra contra México. Sin embargo, los que en los Estados Unidos han hecho un culto de Lincoln no desentrañan sus escritos condenatorios de la política humillante. Se contentan con agregarle nuevos méritos externos a su vida. Pero nosotros, los americanos que seguimos a Sarmiento, no podemos contentarnos con el culto infecundo. Vamos más allá de la apreciación sin sentido y desentrañamos lo que Lincoln tiene de anti-imperialista. Y es mucho lo que nos dejó su visión limpia. Nacido de su espíritu poderoso es la mejor arma que un americano puede lanzar contra la conquista imperialista. Con Lincoln en alto podemos gritar al Departamento de Estado nuestro derecho a conservar libertad e independencia. Con Lincoln en alto podemos lanzarnos contra el yanqui de ocupación y sacarlo de nuestros suelos virilmente. Porque Lincoln afirmó el derecho que tienen los pueblos para defenderse del oprobio que los oprime. Al mismo Departamento de Estado imperialista que justificaba la desmembración de México le gritó con severidad: "Todo pueblo cualquiera que se sienta dispuesto y tenga el poder para ser independiente, posee el derecho de levantarse, y de expulsar al gobierno existente, y darse otro nuevo que más le convenga. Este es un valiosísimo, sacratísimo derecho, un derecho que, lo creemos y lo esperamos, dará la libertad al mundo entero. Ni este derecho está limitado al caso en que todo un pueblo de una nación quiera ejercerlo. Cualquiera parte de una nación, que

así lo quiera, puede revolucionarse, y dominar como suyo propio el territorio que habita". Los Estados Unidos imponen gobiernos, los amparan, los nutren y hacen de ellos instrumentos para su conquista. Allí en donde tienen obstáculos porque ciertas gentes de visión les salen al paso y les plantan el muro separador, entran cueste lo que cueste y organizan el mando con sus adictos. Aseguran así el campo para la intervención en todos los negocios importantes de una nación. Sus adictos son siempre legión y con ellos sojuzgan. Viene luego el mecanismo infernal que arranca para organizaciones yanquis al servicio del imperialismo cuanto recurso económico tiene la nación sojuzgada. Pensemos en Cuba gobernada por el machadato hechura del Departamento de Estado. Ocho años de entrega absoluta a la industria y a la banca yanqui de todas las fuentes de riqueza cubanas. Y para que la tarea infame no perdiera fuerza, apoyo incondicional al sátrapa. Y el sátrapa asesinando y robando, acabando con la nacionalidad vigorosa de Cuba. Pensemos en Cuba sojuzgada por una Enmienda Platt que da al Departamento de Estado las llaves para abrir las entradas de la Isla siempre que lo juzgue necesario. Pensemos en todos estos pueblos cogidos por uno y otro motivo por la red imperialista.

Lincoln señala el camino que cada uno de nuestros pueblos tiene que coger al instante para acabar con la iniquidad del Departamento de Estado imperialista. Señaló precisamente caminos cuan-

do vió que los Estados Unidos ejercitaban el más odioso de los actos de conquista por lo injusto y por lo descarado. No imaginó teoría proyectando su pensamiento a una lejanía de siglos. Trabajó en la realidad inmediata y así es como su afirmación tiene poder para redimir. Presenció un despojo y después de él es grande la serie que deshonor a los Estados Unidos. Con Lincoln debemos organizar la lucha para acabar con los gobiernos que nos trae el Departamento de Estado. Nos fué dado el camino y en seguirlo no hay otra cosa que acatamiento al mandato de los mayores.

Arrimemos nuestra brasa a la hoguera que el culto a Lincoln enciende con cada fecha memorable de su vida. Pero hagamos que levante otra llama nuestra brasa. Si Lincoln es grande y su gloria tiene el destino de ser enseñanza para estos pueblos, el propósito debe ser seguirlo en sus escritos y extraer de ellos toda fuerza combativa contra el imperialismo yanqui. ¿Qué argumentará el imperialista a quien disputamos la libertad que su nación quiere quitarnos, si le descargamos el arma que Lincoln ha puesto en nuestras manos? Si fué gloriosa la existencia de este grande hombre y proyecta sus beneficios más allá de su pueblo, en aprovecharlos está el acierto de nuestra conducta. Sarmiento dió a nuestra América la biografía que nos hace llegar hasta el prócer norteamericano con la nobleza que su vida le impuso.

Juan del Camino

Costa Rica y febrero de 1934.

Sarmiento habla de Lincoln...

(Viene de la página anterior)

peso. En su casa vive como un caballero de modestos medios y gustos simples. Una casa de madera de buen tamaño, y de propiedad suya, amueblada con simplicidad que no excluye el gusto, rodeada de árboles y flores, le sirve de residencia, viviendo en paz consigo mismo, siendo el ídolo de su familia, y por su honradez, habilidad y patriotismo, la admiración de sus compatriotas.

"Como orador es rápido, preciso y afluente. Su manera de presentarse ante una asamblea popular, está indicando si trata de hacerse, excesivamente entretenido, o muy solemne. Acciona poco; pero cuando desea producir efecto, se encoge de hombros, levanta las cejas, y deprime la boca, alterando su rostro de una manera tan cómicamente desmañada, que nunca deja de "arrebatar a su auditorio". Su enunciación es lenta y enfática; y su voz, aunque clara y poderosa, tiende a veces a emitir ásperos y desagradables sonidos: mas como antes se ha dicho, su rasgo característico consiste en la notable movilidad de sus facciones, cuyas frecuentes contorsiones excitan a la risa, que sus palabras no provocan".

Durante esta visita a Nueva York ocurrió el siguiente incidente, de que damos cuenta en los términos con que lo refirió entonces uno de los preceptores de la Casa de Industria de Five Points en esta ciudad.

"Un sábado por la mañana que estaba reu-

nida nuestra escuela dominical, hace pocos meses, vi entrar y tomar asiento a un hombre alto y de notable aspecto. Como lo viase escuchar con la mayor atención nuestros ejercicios, revelándose en su fisonomía el vivo interés que tomaba en ellos, me acerqué a él para insinuarle que podía, si lo deseaba, dirigir algunas palabras a los niños. Aceptó la invitación con señales evidentes de placer; y dando algunos pasos hacia adelante, dió principio a un sencillo discurso que cautivó al juvenil auditorio, y produjo un silencio general. Su lenguaje era notablemente bello, y la emoción daba tonos musicales a su voz. Las fisonomías de los niños indicaban el efecto producido por la convicción: cuando les dirigía amonestaciones, sus semblantes se entristecían, así como brillaban de gozo cuando les hablaba de esperanzas. Una o dos veces intentó terminar sus observaciones, pero los imperativos gritos "seguid", "¡oh! continuad", lo compelian a continuar. Al ver la forma imponente del extranjero, y al observar su poderosa cabeza y lo pronunciado de sus facciones, dulcificadas esta vez por la impresión del momento, sentí una invencible curiosidad de saber algo más acerca de este hombre, y cuando iba tranquilamente dejando la sala, le supliqué me dijera su nombre, a lo que contestó cortésmente: "Abraham Lincoln, de Illinois".

Los rasgos característicos del hombre se discernían prominentemente en el hombre de

Estado. Recuérdase con frecuencia el pronuario de su vida, que dió al autor del Diccionario Biográfico del Congreso, que le pedía datos para su vida:

Nacido el 12 de febrero de 1809, en el condado de Hardin, en Kentucky.
Educación incompleta.
Profesión, abogado.
Ha sido capitán de voluntarios en la guerra de Halcon Negro.
Maestre de posta en una oficina subalterna.
Cuatro veces miembro de la Legislatura de Illinois.
Y fué miembro de la Cámara de Diputados al Congreso.
Vuestro, etc.

Abraham Lincoln.

Su punto principal era su confianza en Dios, su fe en el porvenir de la Unión, su sentimiento profundo de la igualdad. Su lenguaje no llega a la grandilocuencia sino cuando tiende la vista hacia el porvenir y abraza con ella a la humanidad entera, para la cual fueron escritas, según él, las famosas declaraciones del acta de Independencia.

El espectáculo del campo de batalla de Gettysburg le sugiere este pensamiento:

"Setenta años hace que nuestros padres crearon una nación concebida en Libertad, y basada en la proposición de que todos los hombres han nacido iguales. Ahora estamos envueltos en una gran guerra civil, en que va a probarse si una nación así concebida, a tal objeto consagrada, habrá de durar largo tiempo".

"Siento la más profunda emoción, dice al hablar dentro de la Sala de la Independencia; siento la más profunda emoción, al hallarme en este lugar, donde se reunió la ciencia, el patriotismo y la firmeza de los principios que inspiraron la formación del gobierno bajo el cual vivimos. Muchas veces me he preguntado a mí mismo, ¿cuál fué el gran principio o idea que mantuvo unida esta gran Confederación? No fué meramente la separación de la madre patria, sino aquel sentimiento inscrito en la Declaración de la Independencia, que dió libertad no sólo al pueblo de este país, sino que la dará, lo espero, a todo el mundo por todos los tiempos venideros. En ella está contenida la promesa de que a su debido tiempo, sería el hombre aligerado de su abrumador peso. ¿Podemos salvar la patria bajo esta base? Sería verdaderamente espantoso, que no pudiese salvarse sin renunciar al principio; y yo quisiera más bien ser asesinado aquí mismo antes que abandonarlo".

¿Cómo define la República, hablando de la lucha con el Sur? "Es para mantener, dice, en el mundo aquella forma y esencia de gobierno, cuyo objeto capital es elevar la condición del hombre, quitar de sus hombros cargas abrumantes y artificiales, abrir a todos camino a las aspiraciones nobles, suministrar a todos un arranque libre y la probabilidad de aventajarse en la carrera de la vida, cediendo de cuando en cuando a las parciales y temporales dificultades que los rodean. Este es el punto objetivo del Gobierno por el cual combatimos".

"Muchas veces ha sido, dice al Congreso, denominado un experimento nuestro gobierno nacional. Dos puntos han quedado establecidos, sin embargo, por nuestro pueblo: su feliz fundación y su feliz administración. Tócales ahora demostrar al mundo que los que son capaces de ganar una elección, son capaces también de suprimir una rebelión; que la urna electora es sucesor legítimo de las balas, y que cuando el sufragio ha decidido libre y constitucionalmente, no hay más apelación sino a los mismos boletos en una subsiguiente votación".

Desde las lejanas profundidades hasta don-

de su vista guiada por su corazón penetró en el porvenir, la posteridad le retornará sus simpatías, y juzgará de la importancia de sus actos y del valor de su sacrificio. Una Africa civilizada, que ya puede divisarse desde la altura moral e intelectual de Liberia, en Monrovia, la modesta República púnica, alzará estatuas al salvador blanco de su raza, cuatro mil años proscrita.

Bajo las exterioridades de un genio festivo ocultábase más melancolía y tristeza que la que dejaba traslucir; no obstante que en los días angustiados porque pasó al fin de contienda tan acerba y de tan obscuro término, una preocupación constante se mostraba en su fisonomía.

D. F. Sarmiento

El misticismo de Joaquín V. González...

(Viene de la página 152)

vimiento activo y ansioso de una facultad que quiere comprender la existencia, buscar la verdad si la verdad existe, escrutar los enigmas terribles del mundo. Acepta el sufrimiento de la vida y la actividad para tratar de ver claro, si quiera sea por parcelas, en el profundo misterio. Puesto que tenemos la vida y ya que el sufrimiento es la ley de nuestra permanencia efímera en el mundo, es preciso conferir a ese dolor la utilidad de un esfuerzo fecundo. ¿Para qué? — respondería un quietista —; el último término de la verdad nos será siempre desconocido. Sí — se argüiría a la vez —, pero mientras tanto, y aun con esa certidumbre desconsoladora, busquémoslo. Colocado sobre la vía del esfuerzo útil y armado de una extraordinaria facultad crítica para rechazar las quimeras y para aceptar las partes insignificantes de la verdad, el genio occidental se ha vuelto hacia todas las religiones a fin de discernir la superioridad de las unas sobre las otras. Es así que después de siglos y siglos de pensamiento y de exégesis, el cristianismo ha resistido al rigor de la crítica imponiéndose a las razas que representan la inteligencia en toda su fuerza.

El segundo rasgo que demuestra esta misma superioridad, si bien bajo un aspecto diferente, es que su contenido espiritual alimenta simultáneamente a las almas muy místicas y a las personalidades muy racionalistas. Mientras las religiones orientales se resisten a ser profesadas por el espíritu rebelde del hombre occidental, cuyo genio quiere ver claro en el fondo misterioso de las leyendas, el cristianismo tiene la

extensión de una esencia universal. Este carácter de su contenido es el primer valor que se impone a una inteligencia objetiva, porque su substancia suministra un alimento igualmente precioso a todas las almas. Es a través de estas hipótesis que se explica su predominio cuantitativo y su superioridad íntima, y es por esta riqueza que se explica también el florecimiento de la literatura que lo ha comentado. Fundamento de nuestra civilización, ello no bastaría para proclamar su excelsitud metafísica si no admitiera esa multiplicidad infinita de fuentes de cuyo manantial pueden beber las almas más antagónicas. El cristianismo es místico por su adoración contemplativa del Dios único, es simplemente dogmático para aquel que quiere nada más que una ética, y es finalmente esotérico porque nos ha proporcionado la más abstrusa de todas las filosofías. Refiriéndose estas reflexiones a la evolución panteísta de Joaquín González, es preciso insistir sobre la capacidad puramente mística y contemplativa del cristianismo, porque en verdad no parece lógico que su sed religiosa haya necesitado abreviarse en las fuentes milenarias del quietismo hindú. ¿Por qué? Para el historiador del largo proceso cristiano son sorprendentes, como fenómenos morales y como revelaciones de su misticismo trascendente, los episodios que ilustran la biografía de los primeros ascetas y el arrobamiento de los monjes que ofrecieron en la Edad Media el ejemplo más sublime que es posible de la vida extática. Desde San Antonio hasta Santa Teresa, el cristianismo prodigó a las almas el alimento

In angello cum libello — Kempis.—

En un rinconcito, con un librito,

un buen cigarro y una copa de

Anís Imperial

suave - delicioso - sin igual

FABRICA NACIONAL DE LICORES - San José, Costa Rica

del éxtasis puro y de la adoración interior, con la diferencia maravillosa, sin embargo, de que ese arrobamiento establecía a la vez una comunicación entre la esencia divina y la personalidad individual. Aquí se advierte sin incertidumbres la distinción que existe entre el panteísmo contemplativo y el cristianismo místico. Admitiendo ambos a la vez la misma actitud de arrobamiento a través de cuyo estado aquél percibe la inmovilidad de la unidad cósmica y este otro la esencia de la persona divina, el hinduismo rechaza, sin embargo, toda visión concreta, o, más bien, no concibe el conocimiento de la divinidad a través de la percepción de una conciencia que nos conoce. El fenómeno que opera en el cristiano, este éxtasis, es la certidumbre intuitiva de establecer entre su conciencia y el espíritu divino una corriente de comprensión mística. El cristiano logra, cuando se abandona a las visiones radiantes del éxtasis, acercarse por la perfección a la substancia indefinible, pues es por la perfección de la santidad, esto es, de la extrema virtud y del fervor puro, que se aproxima al alma absoluta. Por esas vías divergentes de aproximación se llega asimismo, no a la disolución de la conciencia, sino al grado último del conocimiento. El panteísmo rechaza esa comunicación concreta con el espíritu de la divinidad, pues ella representa una conciencia disuelta en los círculos infinitos del mundo, cuya alma se expresa a través de la armonía eterna y sensible de las cosas. Ella no oye, ella no ve. Constituye por sí misma un poder inmanente y ciego. Su más alta manifestación es el ritmo de la belleza abstracta que, según Plotino, se percibe en la rotación musical de los astros. Hay entre el venerable panteísmo oriental y el cristianismo elemental, pero viviente, que profesan nuestras sociedades occidentales, la misma oposición que existe entre una conciencia trascendente, aunque inmóvil, y un espíritu a quien se siente palpar en el seno del mundo. Esa inmanencia suprema se resuelve en la impersonalidad de un alma que pene-

tra las cosas y absorbe a las criaturas, pero que no las conoce. El carácter humano de las religiones se reconoce en esta última palabra, que no es sino la fórmula del amor. Conocer es comprender, comprender es amar. En estas tres ecuaciones del espíritu humano, visibles en la esencia cristiana, ¿no está toda la religión de Jesús?

Por otra parte, el cristianismo exige, para ser completamente comprendido, una sabiduría de sus dogmas igual al conocimiento minucioso de su evolución mística. Para explicarse el ejemplo que ha suministrado Joaquín González entre nosotros, he debido preguntarme, como se pregunta un geómetra el valor exacto de un ángulo, hasta qué punto el autor de "La tradición nacional" se hallaba saturado de la esencia pura del cristianismo y en qué grado asimismo se había nutrido de su teología esotérica. Dividido entre las tareas públicas que absorbieron su madurez y entre las exigencias de la alta cultura, Joaquín González no debió, quizá, haber podido estudiar el esoterismo cristiano según él exige que sea estudiado. ¿En cuál de sus libros, me he preguntado, nos ha ofrecido el testimonio aproximado siquiera de ese conocimiento? ¿En cuál de sus páginas se ha vuelto hacia los grandes místicos de los desiertos y las celdas, si no para amarlos, a lo menos para comprenderlos? El cristianismo que asimiló para transformarlos los cultos semejantes y parciales elaborados por las metafísicas asiáticas, se convirtió al esoterismo filosófico en Alejandría y, después de apoyar sobre la filosofía la sucesión de sus dogmas primarios, recorrió su unidad interior en la obra complementaria de los escolásticos. San Agustín espiritualizó el concepto trascendente de la redención, Santo Tomás hizo sensible la realidad profunda de sus dogmas, San Buenaventura, San Anastasio, San Gregorio, los gnósticos antes, los místicos después, elevaron el cristianismo a las categorías inefables del misticismo contemplativo. A la vez que los unos lo intelectualizaban en sus discusiones teológicas para penetrar en el misterio de la Redención, del Rescate, de la Gracia Sobrenatural, los monjes le restituían la pureza de las primeras comunidades. Ciertamente el cristianismo necesita de disputas sangrientas para imponer la unidad de sus dogmas, pero fué porque él ha representado siempre, en la multiplicidad de los cultos humanos, el misterio filosófico de la religión. La dosis de misticismo que abriga es igual al grado de racionalismo que se ofrece al estudio o talento de los exégetas. Pero él exige, para ser espiritualmente comprendido, una naturaleza especial que Joaquín González, a juzgar por el testimonio de su obra, no poseía sino a medias. Su naturaleza carecía, sin duda, del sentimiento del Dios personal y redivivo, y su sensibilidad percibía mejor la belleza inmanente de las cosas que la presencia divina en su ser íntimo. Los místicos hindúes y los mis-

ticos cristianos se distinguen radicalmente a través de este rasgo supremo: los unos perciben el alma única del universo en el universo mismo, mientras los otros la perciben sobre todo en su propia conciencia, como un llamado constante. Aquéllos necesitan proyectar a Dios y diluirlo, en tanto que a estos últimos les es preciso personalizarlo para comprenderlo. Así se explica el género del misticismo de Joaquín González, cuya alma no fué propiamente la de un cristiano, sino la de un panteísta que profesó la religiosidad abstracta de la conciencia oriental. Era, sin duda, un espíritu extraordinario. A poco que el destino le hubiera concedido una vida menos breve, habría llegado, en un grado más religioso y menos intelectual, al renunciamento absoluto del quietismo. Fué entre nosotros una conciencia superior por la pureza serena y dulce de su misticismo, pero no fué, sin duda, la "conciencia superior" por la profundidad de su emoción religiosa. Abrió en alto grado el sentimiento del origen divino de las cosas y, si bien se advierte, profesó un cristianismo social pero intrascendente en virtud de la cultura que se había dado durante sus años de actuación pública. La serenidad de inteligencia que lo distinguía, esa altivez sin soberbia del talento, se conciliaba maravillosamente en su personalidad con la ternura de un corazón cuya pureza se conservó intacta. Evolucionó hacia un misticismo taciturno porque él le procuró, acaso, el refugio que necesitan las almas disgustadas con la realidad demasiado triste que nos rodea. Por estas virtudes fué un alma superior. Ese misticismo le permitió escribir una de las páginas más perfectas de la literatura argentina, porque ninguno de sus volúmenes es comparable a ese prólogo de una deliciosa religiosidad. En sus líneas se aspira el perfume del loto, la flor milenaria. Ella nos pone en presencia del verdadero artista que había en Joaquín González, y a través de las disquisiciones que contiene nos es permitido conocerlo íntimamente, profundamente, religiosamente.

INDICE



OTROS LIBROS.

Jorge Stiller: <i>Malebranche</i>	3.75
José Ortega y Gasset: <i>La redención de las provincias y la decencia nacional</i> .	
Artículos de 1927-1930.....	3.00
José Ortega y Gasset: <i>España invertebrada</i>	3.00
Eugenio D'ors: <i>Oceanografía del tedio</i> ..	3.50
José Rafael Pocater: <i>Vidas oscuras</i> . Novela.....	3.25
León Poirier: <i>Cain</i> . Aventura de los mares exóticos.....	3.50
Rodenbach: <i>Las mejores poesías (líricas) de los mejores poetas</i>	1.00
J. Salas Subirat: <i>A cien años de Beethoven (1827-marzo-1927)</i>	2.50
Rodolfo Waldo Trine: <i>Vida nueva</i>	2.00

Solicítelos al Admr. del Rep. Am.

INDICE



HAN LLEGADO:

Félix Urabayen: <i>Vida ejemplar de un claro varón de Escalona</i>	0.75
Mauricio Bacarisse: <i>El Paraíso desdeñado</i>	0.75
Rafael Arévalo Martínez: <i>La signatura de la Esfinge</i>	1.00
Medardo Angel Silva: <i>Poesías escogidas</i>	1.50
Arturo Mejía Nieto: <i>Relatos nativos</i>	2.00
J. Pijoán: <i>Mi Don Francisco Giner (1906-1910)</i> Segunda edición, de Madrid.....	1.50
Carlos H. Pareja: <i>El Derecho Civil soviético</i> . (Principios fundamentales. Tendencias e innovaciones. Conclusiones).....	0.50
Franz Tamayo: <i>Scherzos</i>	5.00
Manuel Azaña: <i>La novela de Pepita Jiménez</i>	1.00
J. Moreno Villa: <i>La comedia de un tímido</i>	1.00

Solicítelos al Admr. del Rep. Am.



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

El lenguaje pobre

Por LEOPOLDO LUGONES

= De La Nación. Buenos Aires =

Comencemos por establecer que cursi, pobre y vulgar son sinónimos en materia de lenguaje. Habíamos visto ya que la cursilería se define como una ridícula exhibición de ignorancia. Esto es también característico del vulgo, según la condigna definición del diccionario: "conjunto de las personas que en cada materia no conocen más que la parte superficial". El lenguaje cursi es, en efecto, un revoque ostentoso de la grosería: lo contrario de la elegancia que viene a ser la estética de la discreción. La gracia de la expresión, como la del porte, son manifestaciones de nobleza. El vulgo sabe adornarse, pero no vestirse, y aplica el mismo método a su lenguaje. Formado de retazos vistosos, que pueden ser finos también, fáltale la condición esencial de la elegancia, que es la unidad estética. Discreción, nobleza y gracia son otros tantos aspectos de un estado espiritual superior: aquella síntesis que denominamos cultura. Inútil advertir que no me refiero a la plebe sino al "vulgo profano" de quien Horacio abominaba, siendo plebeyo él mismo: la gente cursi que come lenguas de ruiseñor porque son caras, sacrificando al costoso desabor la delicia del canto libre.

Ese predominio de la vanagloria verbal sobre el encanto de la expresión apropiada, induce a tomar por riqueza la abundancia de palabras, sobre todo si son anómalas o de efecto grandilocuente en la cláusula; cuando, lenguaje rico, es aquel cuya variedad resulta de la justeza con que aplica el giro correspondiente a cada idea o emoción. Tal es el lenguaje de los buenos escritores y entre ellos suele haber algunos de mucho léxico; pero esta cualidad no mejora el estilo y hasta suele perjudicarlo cuando se la exagera en homenaje a la precisión o la variedad: porque entonces empieza a confundirse con jactancia. La dignidad del estilo es sencilla como la del alma, porque, en suma, se trata de la misma virtud. Hay, pues, escritores cuyo estilo reúne la abundancia del léxico a la riqueza del lenguaje; mas, aunque figuren entre los primeros, no siempre son los mejores.

Vale la pena aclararlo con algunos ejemplos. El lenguaje de Cervantes es rico y el de Castelar pobre. Quevedo es rico y opulento a la vez. Bécquer es más rico que Lope. Rubén Darío más que estos dos juntos. El lenguaje de "Martín Fierro" es mucho más rico que

el de "La Cautiva". Entre dos obras de un mismo autor, el lenguaje de los "Recuerdos de Provincia" es más rico que el de "Facundo".

Voltaire es rico y M. Romain Roland es pobre. Víctor Hugo es rico y opulento. Carducci, lo mismo. Pascoli, en su sencillez, es más rico que D'Annunzio en su fausto.

Hay todavía una creación de riqueza puramente literaria que consiste en la mera complacencia de emplear los recursos del idioma; y esa fué la de Juan Montalvo, en prosa, y la de Góngora, en verso. Viene del Renacimiento y realiza la conocida fórmula del arte por el arte.

Lenguaje pobre es, pues, el de la expresión impropia y rígida: definición que cuadra perfectamente, como se ve, a lo que por involuntaria ironía ha dado en llamarse la "nueva sensibilidad" o "vanguardismo" (sic) literario. Coetáneo y no pocas veces feligrés del maximalismo, su odio a la riqueza individual lo ha llevado igualmente a la miseria colectiva. Cada época tiene la literatura que merece. A la democracia extrema, tenía que corresponder la literatura extremista de la referencia.

Así, lejos de realizar los escritores sus corifeos el servicio social que a la profesión concierne, y que consiste en mejorar el idioma, o sea el instrumento colectivo de expresión, comunicando mediante él ideas y sentimientos de verdad, bien y belleza, rebájalo a la torpe expresión del vulgo o lo embrollan en el galimatías retórico que escamotea con la vaciedad como el cubilete de los fulleros; pues nadie adopta el tono ambiguo cuando tiene algo que decir.

Pero viniendo al empleo de las palabras propias, que son otras tantas expresiones de honradez: quien dice "silenciar" por callar, o "succionar" por chupar, absorber, comete pedantería y empobrece el lenguaje; pues hay más variedad y más elegancia castiza en los verbos corrientes que en los meros derivados de silencio y de succión.

Es torpeza de lenguaje, o solecismo, emplear las expresiones "atrás mío", "cerca mío", por tras de mí o cerca de mí; porque dichos adverbios de lugar nunca admiten la acepción de pertenencia. Designan relaciones de situación que me conciernen, pero no cosas de mi propiedad ni entidades susceptibles de posesión. Pero es aún "delante mío",

pues basta decir "adelante" o "por delante".

Las cosas acaban, concluyen y terminan. Los dos primeros verbos suelen ser sinónimos. El tercero no lo es con ellos; de suerte que tampoco puede sustituirlos. Esta impropiedad es cursi, desde luego. Las cosas cuyo fin es imprevisible o inseguro, acaban. Acaba la vida, se acabará el mundo. Este mismo verbo corresponde a la designación del suceso inmediato: un libro acaba de aparecer; Fulano acaba de morir. Concluir es más aplicable al agotamiento de los conjuntos: el material de una obra, las provisiones de una despensa, un desarrollo matemático, un discurso. Terminar se aplica únicamente a lo que tiene un fin conocido de antemano: el curso escolar, una vía férrea...

Reducir a este último verbo todas las nociones antedichas es empobrecer el lenguaje y las ideas.

Horacio detestaba también las palabras de muchas sílabas cuya formación pedantesca o torpe equivale por su desmesura a los trabalenguas infantiles. Nuestro idioma tampoco las tolera, no sólo por su cacofonía, sino por su pobreza inherente a casi todos los derivados, especialmente cuando terminan en "ad" y en "ción". Pues bien: acabo de leer el siguiente título: "La desprofesionalización de la Universidad", que, por cierto, corre parejas con la "inconstitucionalidad" de cualquier ley tan deplorable para el derecho como para el idioma. Todo eso es pobreza porque es avaricia verbal y menosprecio de la eufonía.

No basta que una voz exprese con claridad la noción concerniente. Es necesario que suene bien para que resulte viable. Y suena mal cuando es voz descoyuntada. Que suene bien; porque como expresión fonética dicha palabra tiene sentido musical. Cuando se habla de arquitectura del lenguaje aplícasele con propiedad esa noción armoniosa de las bellas artes. Música rígida llamó Goethe a la arquitectura. No hay construcción orgánica sin armonía, es decir sin correspondencia proporcionada de sus funciones. Y el lenguaje es un organismo: un ser viviente. Todo proyecto de construcción es atendible en él, con tal que se atenga a esa condición indispensable: la armonía funcional. Por esto las paradojas negativas en cuya virtud puede hablarse y escribirse bien sin gramática, o versificarse sin ritmo ni rima, equivalen al desatino de quien nos propusiera construir un edificio sin piso, techo ni paredes, o sin calcular la correspondencia de sus partes. Aparentes audacias que no son sino expresiones de miseria.

La libertad absoluta es una paradoja de la impotencia, y la absoluta igualdad una quimera de la envidia. Diógenes, que las profesó, fué el protoanarquista a quien le tocó oficiar esa mística del pesimismo. Pero la gloria de Atenas no está en el tonel del cínico sino en el orden triunfante del Partenón.

Dos poemas de Chocano

= Primicias de Oro de Indias. Santiago de Chile. Envío del autor. =

TESORO OCULTO

Buscaba yo los tesoros que duermen escondidos
en un sopor que acaso más de un misterio encierra:
cuando el oro de Indias se cansa de ruidos,
vuelve a las silenciosas entrañas de la tierra...

Es el oro de Indias—generoso y fecundo
como el Sol—el que ha hecho la redondez del mundo,
provocando, en un ansia de visiones distantes,
fiebres de aventureros, sueños de navegantes...

Este es el oro mismo de Ofir, que, por oscuros
caminos de misterio, tras ardua expedición,
hace treinta mil años, fué a decorar los muros
en el alucinante Templo de Salomón.

El oro de los Incas y los Emperadores
aztecas me deslumbra con vivos resplandores;
y me seduce el oro que en espejismos vanos
tiembla en lagunas chibchas y en bosques araucanos...

Me atraen los tesoros confiados al desierto:
el que para el rescate de Atahualpa venía
y, al saberse de pronto que ya el Inca había muerto,
oculto fué en tal forma que hoy lo está todavía;
y el que Cuauhtemoc hubo de esconder de manera
que jamás la codicia descubrirlo pudiera,
con secreto que él supo guardar, tranquilo, luego,
sobre un lecho de brasas que eran rosas de fuego...

Me atraen los tesoros de mágica leyenda,
el que abre por los bosques de arauco larga senda
hacia la fabulosa Ciudad del Sur llamada
de los Césares hecha de hiumo y sueño y nada;
y el que de las lagunas chibchas extrae el mito
del Dorado y despierta sed y hambre de infinito,
con que va la aventura, por intrincadas zonas,
a nadar en un Río poblado de Amazonas...

El viejo oro de Indias recoge sus dispersos
fulgores en un foco que ilumina mis versos,
proyectando la fausta Corte de los Virreyes
en que el amor y el lujo son las únicas leyes...

Busco yo el oro oculto—¿sentiría rubores?—
de los Encomenderos y los Inquisidores.

¿Dónde los candelabros, los copones de misa,
las custodias labradas, que enterraron de prisa
los Jesuitas, poco antes de saltar al velero,
expulsados de Indias por Don Carlos Tercero?...

¡Oh botín de piratas, que en alguna caverna,
tempestad, estrellando la nave, dejó a solas;
cien ánimas lo cuidan desde la vida eterna,
bajo del vigilante ladrido de las olas...

Conjuraré fantasmas, removeré osamentas
y entraré con los gnomos a las profundidades,
buscando el oro que habla de las luchas sangrientas
y las épicas glorias de las viejas Edades...

Si encuentro ese oro, él puede recobrar en mis manos
la romántica pompa de los tiempos lejanos;
y sin contaminarme con el oro de hoy día,
mi vida se hará mezcla de Historia y fantasía...

Mas si no encuentro el oro, ¿malgastaré un lamento?...
Nunca hago de mis fuerzas inútiles derroches;
me quedará el orgullo con el encantamiento
de haber vivido un cuento de las «Mil y Una Noches»...

LAS VICUÑAS

Vicuñas fugitivas de aladas ligerezas
hacia las nieves corren a reflejar sus sombras,
como si las guiaran instintos de pureza
y sus pies delicados reclamaran alfombras.

Retadora la testa con pueril arrogancia
y angustiosa la curva del extenuado cuello,
las vicuñas parecen estar en su elegancia
dotadas del inútil sentido de lo bello.

Mantos que fueron pieles de cien vicuñas blondas,
en el cofre aromático, esperaban que el turno
les llegara—hace siglos—de envolver en sus ondas
el desdeñoso gesto del Inca taciturno.

En la vieja Toledo, tras de Pizarro, un día,
las vicuñas hollaron el imperial recinto;
y por su lomo, a veces, la mano todavía
se ve acariciadora pasar de Carlos Quinto.

Tal son, por signo heráldico, hechas a las alturas,
a las melancolías y a las serenidades:
aman las cumbres frías, aman las nieves puras,
aman las lejanías, aman las soledades...

Noblemente, repulsan las cargas desdorosas...
Las hermanas mayores—siempre pulcras y finas—
cargadas se ven, como con jazmines o rosas,
apenas con la plata o el oro de las minas.

En vez de los jibosos camellos del Oriente,
merecen las vicuñas cruzar los Cuentos de Hadas,
cargando arcas repletas de pedrería hirviente,
con un orgullo como de reinas encantadas...

¿No serán las vicuñas princesas o vestales,
que, en el pitagorismo de las reencarnaciones,
en sus venas mantienen fuegos sacerdotales
o rumian añoranzas de danzas y canciones?

Con un afán que intensas nostalgias acrisola,
en la estéril demanda de un ambiente propicio,
irguiéndola, disponen la testa a la aureola
y, alargándolo, ofrecen el cuello al sacrificio...

Pulidas y sedeñas, románticas y leves,
en un galope lleno de agilidad y gracia,
huyendo hacia el reposo de las perpetuas nieves,
refugian en las cumbres su esquiva aristocracia.

No en vano, deshaciendo sus ondas en sonrisas,
la piel de las vicuñas fué en épocas mejores,
alfombras a las plantas de las Sacerdotisas
y mantos en los hombros de los Emperadores.

José Santos Chocano

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

ABOGADO

SAN JOSE, COSTA RICA

OFICINA: 75 vs. Oeste Botica Francesa

TELEFONOS:

OFICINA No. 3726 - HABITACIÓN No. 3135

La Agencia de *Repertorio Americano* en Manizales, a cargo del Sr. Benigno Cuesta (hijo), acepta agencias y representaciones de toda clase de publicaciones y negocios en general.

Referencias a solicitud.

MANIZALES, Colombia

ROGELIO SOTELA

ABOGADO

y

NOTARIO

Oficina: Pasaje Dent

TELEFONO No. 3090

Casa de habitación, Teléfono No. 2208

La dramaturgia del Manifiesto comunista

Por CARLOS PEREYRA

= De Ahora. Madrid =

El empleo de ciertos términos está muy lejos de haber alcanzado la precisión que sería necesaria para imprimir coherencia al pensamiento y a la acción de los doctrinarios cuya dominación forma las convicciones de los pueblos. Recuerdese que las clases sociales no son siempre las mismas en todos los escritos de Marx. Hablando de Francia, en su "Diez y ocho Brumario", enumera: los campesinos; la burguesía inferior; la aristocracia de los terratenientes; la burguesía capitalista; el proletariado. El estudio sobre "La lucha de clases en Francia de 1848 a 1859" habla de la burguesía capitalista, con esta particularidad: los banqueros y los fabricantes se hacen la guerra. El libro sobre "La Revolución y la Contrarrevolución en Alemania" menciona la clase campesina, que comprende los grandes y los pequeños propietarios, y que separa a los siervos de los obreros agrícolas. El "Manifiesto comunista" distingue dos clases ascendentes. Son clases ascendentes la burguesía capitalista y el proletariado; clases descendentes, la nobleza feudal y la burguesía inferior. Por lo visto, parece que Marx es descriptivo en unos casos, y que en el "Manifiesto" le preocupan las condiciones del movimiento revolucionario.

De un modo general, esta es la divisa que se tiene en cuenta al discutir las cuestiones sociales, aunque sea para combatir el comunismo. Toda la enseñanza marxista y la estrategia que en ella se nutre están reducidas a conceptuar como una fatalidad histórica los siguientes cuatro órdenes de hechos:

Primero. La concentración capitalista en la industria, en el comercio, en la moneda y en el crédito, como un elemento y un punto de arranque del socialismo.

Segundo. La disminución del número de los empresarios, o por lo menos de las Empresas capitalistas, y el aumento del radio de acción de cada una de ellas, con decadencia de la clase media y crecimiento numérico de la clase proletaria.

Tercero. La superproducción resultante de una capacidad en las fuerzas del maquinismo, que no guarda proporción con la demanda efectiva, de lo que resulta la formación del ejército de los desocupados y la recurrencia periódica de las crisis.

Cuarto. El aumento progresivo de la riqueza acumulada en las manos de un corto número de individuos, y de la pobreza e inseguridad, patrimonio de la mayoría, cuya consecuencia tiene que ser una crisis final, catastrófica, o una serie de crisis, consideradas por Marx como educativas, de donde dimanará la transformación revolucionaria de la propiedad capitalista en propiedad comu-

nalizada, y la dominación del proletariado.

Contra esta concepción y este vaticinio se han levantado simultáneamente los anarquistas y los burgueses. Por último, dentro del socialismo, y buscando idénticos fines, u otros acaso, se niega la tesis catastrófica y la de las crisis educadoras. El revisionismo, más que una expresión de timidez teórica o práctica, es en sus más desinteresados representantes el resultado de una investigación laboriosa. Estudios pormenorizados y fundamentales como el de Bernstein, establecen la necesidad de acudir a otros medios de acción, abandonando el que espera un automático derrumbamiento de la sociedad capitalista por obra de sus contradicciones internas. Si es verdad que, lejos de haber armonía, hay caos en el sistema de la producción capitalista, lo es también que este caos no se traduce por una creciente división entre dos campos enemigos de masas hambrientas y de una minoría detentadora de la fortuna. En el orden práctico, el marxismo puro ha sido reputado por la trayectoria de Guesde, negador abierto de toda cooperación entre el proletariado y el orden burgués, que pasa de las barricadas de papel de 1880 al posibilismo de 1892, y que acaba con una cartera ministerial entre las manos.

Un revolucionario de genio y de corazón, muerto heroicamente por sus ideas, y que de seguro nunca hubiera estado dispuesto a explotarlas en el mercado político, Gustav Landauer, ha hecho la crítica de las artificiales distinciones de clases que debemos a la concepción marxista. Landauer no vacila en rechazar de plano los anuncios proféticos de acontecimientos y las descripciones fantásticas de puro diletantismo. Concluye así: "No nos engañemos. El número de los interesados en el régimen capitalista, lejos de disminuir, aumenta". Por otra parte, muchos comentaristas de Marx aceptan, con Vandervelde, que la concentración capitalista, la miseria creciente y la sumisión del Estado a los intereses de los monopolizadores son tres tesis envejecidas, en per-

fecta caducidad que además no constituyen ideas originales de Marx, sino afirmaciones formuladas antes por Considérant.

Si es verdad que "el proletariado se recluta en todas las clases de la población", como dice el párrafo XVIII del "Manifiesto comunista", y si no puede negarse la decadencia sufrida antaño por las clases medias, a causa de la insuficiencia de capital para competir con las grandes Empresas, o porque su habilidad fuese desvalorizada dentro de los métodos de la nueva producción, no es menos incontestable que el capitalismo requiere auxiliares fuera del cuadro de los trabajadores que devengan jornal, y que esos nuevos auxiliares — agricultores, comerciantes, artesanos, técnicos, profesionistas y empleados — llevan una aportación para vigorizar el estado de las clases medias. El que ponga esto en duda tendrá unos meses de entretenimiento anotando las tergiversaciones, evasivas y contradicciones del socialismo europeo al trazar un programa de política agraria. Es todo un poema de vaguedades e incertidumbres.

Marx admite que junto a los antiguos cortesanos y a los agricultores en pequeña escala, cuya ruina considera inevitable, existe una nueva burguesía inferior que incesantemente se forma; pero cree asimismo que los individuos pertenecientes a esta clase ruedan de continuo hacia la más trágica proletarización, y que si bien otros les reemplazan, la acción continua de un desgaste general favorece el aumento de los que nada poseen, sino sus cadenas, y confirma los vaticinios revolucionarios. Aceptada la proletarización irremediable, que priva a las clases medias de todo valor para la creación sustantiva, se entiende el ataque a fondo contra las instituciones que Marx estima consustanciales del régimen burgués, y las que considera como salvaguardia de ese mismo régimen. No hay que pensar en transformaciones, sino en sustituciones íntegras, negaciones rotundas de todo lo que signifique Patria, Familia, Propiedad y Religión. La Moral y el Derecho, factores normativos, se ajustarán a lo que deje la vaticinada catástrofe. Recogiendo el marxismo íntegramente, todo es fácil. Se procede a raja tabla. Pero si se abandona la concepción marxista en lo que tiene de básico, los revisionistas que apoyen sus ideas en reflexiones y no en frases inconexas quedarán confusos, sin saber qué partido tomar cuando les hablen de las corrientes tradicionales y de la evocación histórica de los pueblos. Marx y Engels aconsejan avance de cascada. Primeramente se impondrá la burguesía inferior. Este será el momento de la República democrática y social. Después vendrá la sucesión de los terremotos, en los que el proletariado dejará cubierta toda la capa burguesa. Así disponen de ambas clases, para su cataclismo final, los dos dramaturgos del "Manifiesto", Marx y Engels. ¿Qué cara pone a todo esto el revisionismo?

OCTAVIO JIMENEZ A.

Abogado y Notario

OFICINA:

50 varas Oeste de la Tesorería
de la Junta de Caridad.

Tel. 4184 — Apdo. 338

EDITOR:
J. García Monge

Correos: Letra X

Subscripción mensual: \$ 2-00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—José Martí.

Representante
en Hispanoamérica:
Alfredo Piñeyro Téllez
EXTERIOR: (El semestre, \$ 3.50
(El año, \$ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

LA VOZ A TI DEBIDA.—Poema
Pedro Salinas. Madrid, 1933.

Poesía de verdad

— De Luz. Madrid —



Pedro Salinas

En los orígenes esteticistas de la poesía contemporánea española se hizo, en principio, por Rubén Darío, como si fuese la reclamación literaria de un derecho de los poetas, una especie de reclamación pública para la poesía, para el arte poético y literario, como para el Arte—con mayúscula—en general, del más ilusorio silencio. Referencia episódica a "El arte en silencio", de Maucalir. Réplica o resonancia, de una poesía significativamente titulada por Rodenbach: "El reino del silencio". Y es que era un reino silenciosamente profundo aquel en que los "simbolistas" habían sumergido a la poesía, como a una catedral, para poder de esa manera seguir oyendo siempre campanas románticas sin saber en dónde. Reino de silencio algodónado y submarino, atmósfera de acuario. Del gran romanticismo naufrago, del enorme barco catedralizado del romanticismo sumergido, vino este afán poético de irse a pique, silenciosamente, por gusto de quedarse allí; como el tonto del cuento, que decía que si "pique" le gustaba se quedaría en él. Todo el esteticismo impresionista post-romántico se vió picado, o apiquetado de ese afán submarino de absoluto aislamiento silencioso, de ese último anhelo de sumergirse, deshumanizándose, para ir a meterse y protegerse en tan prodigioso fanal. Con toda su flora y su fauna correspondiente; pulpo, esponja, perla, tesoros escondidos, peces de colores y árboles de coral. Silencio poblado de fantasmas.

Esta era la atmósfera en que entonces respiraba la poesía; de tal manera, que al querer abandonarla para volver a la superficie, al aire libre de verdad, se moría asfixiada, angustiosamente, como el pez: por la boca, picando en el anzuelo de su nuevo afán de libertad. Toda una poesía, un esteticismo poético, nos dió este espectáculo, se nos dió en esta bella y angustiosa exhibición mortal de su agonía viva. Como el calamar. El calamar recién pescado que, agotada su tinta defensiva, al esculpir, ofrece con su sangre, transparentándola cristalinamente en todo su ser por la congestión de la asfixia, una agonía coloreada infinitamente, como un crepúsculo. Esta ilusión de vida que es expresión de muerte fué la de aquel esteticismo, ilusoriamente poético, cuando quiso salir afuera, al aire libre, a la verdad; fueron los boqueadas, más impresionistas que impresionantes, de aquella mentirosa poesía vivida de ilusión o de ilusiones; fué el tránsito de la agonía espectacular de esteticismo poético aquel que, entre nosotros, tuvo su obra ejemplar, por representativa, en la poesía de Juan Ramón Jiménez, quien en lo más íntimo de su fantasmal personalidad lírica entraña esta tortura verdadera de una poesía imposible, porque, según nos dice su propio verso, no puede ser verdad: "porque era tan mentira, que sigue siendo imposible siempre". La "voz velada" por su propia sangre en una prolongada agonía crepuscular de la ilusión por la que vive o de la que vive este esteticismo, tiene acaso su expresión más perfecta, su constante indefinición más definida, en uno de sus mejores libros, que es significativo hasta en la impúdica irresponsabilidad humana de su título: "El diario de un poeta recién casado".

Así, en el diario estético del poeta fantasma, el amor se hace el "ídolo bello" y perece, como un reflejo, por el ansia inhumana del ilusorio narcisismo en que, en definitiva, se

suicida. Sobre la arena movediza del esteticismo no podía edificarse nada, y menos que nada, la verdad de una poesía amorosa que es, en definitiva, por humana, una verdadera moral. Y sin verdad moral, sin razón de ser humanamente verdadera, no hay amor que valga, pero tampoco poesía; y no hay "poema" posible. Hay el calamarismo lírico de una poesía que, por no serlo de verdad humana, vive, muriendo siempre, de ilusiones, de mentiras, de fantasmas: agonizante y espectacular. Esa poesía fantasma, sin principio ni fin, en permanente fuga, pudo prolongarse indefinidamente, diluyéndose más y más en su propio inhumanismo poético, su amorismo esteticista. Y toda esta obra poética, ilusoria de vida, de su autor, es su prolongación, en efecto, agónica, crepuscular: sus ecos, sus reflejos; es la supervivencia, cada vez más debilitada, de aquella inhumana, por sólo bella, idolatría, de aquel perecedero, a fuerza de querer immortalizarse orgullosamente por sí solo, narcisismo suicida. Fué así el esteticismo puro, la imagen invertida, mortalmente, hasta el fondo de su espejismo, por aguas corrompidas de tan mansa quietud, y de la inquietud cenagosa de sus ranas. Del hervidero, que dijo el profeta, de sus ranas. Y a este hervor o fervor renacuajo se fué alambicando aquella poesía hasta ofrecer ya únicamente, destilada, una pureza absoluta, desvivida, inhumana, venenosa, mortal. Con "voz velada" por la muerte. Por eso hoy vuelve, acaso, sobre ella, o se reclama de ella, el vaho turbio de ese otro inhumanismo poético, de ese nuevo esteticismo invertido, de esa mentirosa poesía que se alimenta de las emanaciones pestilentes de un infrarrealismo de cloaca: el de aquellas sucias corrientes literarias que, por subterráneas y ciudadanas, han formado como el alcantarillado subconsciente de toda clase de detritus poéticos, de sobras, de basuras. Las que van, porque su propio afán generador las lleva, a desembocar, por debajo de todo, en busca de aquel fondo submarino distante: nostálgicas de aquel edén perdido, de aquel mentiroso, ilusorio, secreto paraíso artificial.

La voz, por indebida, de toda esa falsa poesía, es "voz velada" cada vez más de turbios alientos. Voz inhumana, sin respuesta o responsabilidad alguna moral, sin razón de ser verdadera. Poesía de ilusión, de mentira, y no poesía de verdad.

"La voz a ti debida" no es una "voz velada" como ésta, como aquellas otras de la poesía esteticista, ni es tampoco la voz a esta poesía debida, porque cada vez más, en la voz poética de Pedro Salinas, se ha ido perdiendo aquel acento. Ahora, en este poema en que se forma el libro más perfecto, logrado, maduro de su autor, es una voz desnuda, no velada—ni de ilusión ni de deseo—, la que, como en el legendario texto pitagórico, nos dice, claramente, sencillamente, sin veladura alguna, en verdad, una poesía de verdad. "En la voz de aquella que habla—según el texto pitagórico a que aludo—se transparenta el sentimiento, el carácter y la disposición femenina", y hasta tal extremo, que debe aconsejarse a la mujer "que calle y que se guarde, como de mostrarse desnuda ante los ojos de un extranjero, de hacer oír su voz". La voz a ella debida, a esa poesía que es "ella"—a la que dijo Bécquer que "eres tú"—, a esa, en definitiva, poesía de amor, es esta voz tan clara y trasparente que en este hondo y límpido poema de Salinas, nos llega, hoy, desnuda de verdad, y no velada de ilusión o ilusiones de vida, para enseñarnos, una vez más, ahora, como siempre, que la poesía es verdad, que no es un estético artificio ilusorio; porque no es sombra, ni fantasma, sino verdad la más insospechada, la más pura. Es voz a ella debida, la poesía que de este modo se desnuda o verifica, debiéndose a un amor o pasión humana como a su propia y excelsa realidad. Y así se realiza, por eso, despersonalizándose, como cosa ideal. Es voz debida a un TU o a un TI, de ELLA, que a fuerza de serlo, tan humano, tan "de ti para mí", se diviniza concretamente en cosa, pero en cosa ideal o racional. Por eso, esta poesía tiene razón de ser, es verdadera: porque tiene razón de ser humana, o sea, razón de ser moral. Es ésta la tradición más firme de la poesía, la de la poesía amorosa, en el sentido moral, o racional, y en definitiva, humano; la que tuvo su expresión en Dante y en Petrarca como en Miguel Angel y Shakespeare, o como en Garcilaso y Lope de Vega, o en los grandes románticos, los clásicos de su romanticismo: los Goethe, Heine, Keats, Shelley, Hugo, Vigny, Baudelaire, Bécquer... "La Ella de todos ellos". Poesía de verdad. De verdad, no de vida, y sí debida a ella, a su verdad humanísima; y que por serlo, tan de veras, lo es, como lo es del hombre, tan humana: debida a la mujer. Esa voz, humana, desnuda, verdadera, de la poesía eterna, es la que nos habla en este libro, quizá el mejor de Pedro Salinas, en este poema magistral.

Gran tradición humana, moral, racional, de la poesía es ésta, a la que esta voz, por serlo a ella tan de veras debida, nos vuelve, y por lo que su lección debe servirnos para esclarecer la ruta que ha seguido esta nueva poesía española: la que se separó, arrancándose, desgarrándose, por su propio ímpetu o voluntad, de aquel esteticismo pseudo romántico de las postrimerías del diecinueve y principios del veinte. La que nos muestra, hoy, su ejecutoria, limpia de aquella turbia inhumanidad irracional del esteticismo ilusorio, en esta poesía como en la poesía de Jorge Guillén, o de Rafael Alberti, o de Federico García Lorca, por una parte, y por otra, en la de Gerardo Diego y de Juan Larrea o la de los americanos César Vallejo y Pablo Neruda. Poesía con sus verdades propias: distintas, claras, Poesía de verdad.

José Bergamín